

OJO

REVISTA DE DOCUMENTACIÓN SOCIAL

SUMARIO:

Nº

4

¿Qué será la próxima e inevitable revolución?,
Pierre Besnard.—La racionalización y el paro for-
zoso, Lucien Laurat.—Berlín, la capital del caos,
Magdeleine Paz.—El trabajo en la Escuela: La
jornada que se impone a los niños resulta absurda
por embrutecedora y estéril (Conclusión), Julio
Noguera.—El valor de los bienes y del trabajo
(Conclusión), Christian Cornelissen.—Historia de las
ideas y de las luchas sociales en España, Angel
Pestaña.—La jornada de trabajo en el porvenir co-
munista libertario (Conclusión), A. Martínez Rizo.
—La Iglesia cristiana, el trabajo y los trabajado-
res, Matías Usero.—Sexo y educación, María
Josefa Varela.—Inventos: Un producto de la
energía creadora de las masas, S. Yakovlev.—
Dibujos hechos por Engels en su juventud.—
Crítica económica, J. Millet Simón.—Trein-
ta millones de parados, pero... ¿Queman el trigo!,
Pierre Hubac.—Los profesionales (Fragmento de
la obra «Cómo actuaban los bolcheviques en la
clandestinidad»).—Cinéma, Francisco Pina.—
Libros.

Ayuntamiento de Madrid

1 PTA

DENAU

SUMARIO DEL NÚMERO

1 *El sentido humano de la economía*, Marín Civera.—*Las leyes de la economía capitalista y las crisis*, Lucien Laurat.—*La eugénica ante la crisis económica mundial de hoy y sus previsiones para el futuro*, Luis Huerta.—*Presente y futuro del Sindicalismo*, Angel Pestaña.—*El paro mundial alcanza aproximadamente a 30 millones de obreros*.—*La cultura y los hechos económicos*, Ramón J. Sender.—*¡Momento decisivo!*, Pierre Besnard.—*La moral en relación con la crisis económica*, Joaquín Noguera López.—*Aspectos internacionales de la cuestión agraria*, V. Orobón Fernández.—*Fundamentaciones de la crisis actual del Arte*, José Renau.—*La crisis religiosa y la influencia económica en el catolicismo romano*, Matías Usero.—*Evolución individual y colectiva del médico*, Isaac Puente.—*Hacemos llamamiento...*, Romain Rolland.—*Teoría de las crisis*, A. Minard.—*La crisis del capitalismo*, Christian Cornelissen.—*Libros*, G. Bel.

SUMARIO DEL NÚMERO

3 *La trágica epopeya del trabajo humano*, Lucien Laurat.—*Los principios y las bases de la sociedad nueva*, Pierre Bernard.—*Literatura proletaria*, Ramón J. Sender.—*Ojeada histórica sobre la huelga general*, René Michaud.—*Notas históricas y actuales sobre el trabajo en Galicia*, S. Montero Díaz.—*Una página de mi vida*, Juan Grave.—*El paro forzoso aumenta la criminalidad*, M. C.—*La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario*, Alfonso Martínez Rizo.—*Un drama geográfico y humano: La ruina del Sureste de España*, Gonzalo de Reparaz (hijo).—*El valor de los bienes y del trabajo (Ensayo histórico)*, Christian Cornelissen.—*Esclavos... un crimen social de nuestros días*, Miguel Alejandro.—*La crisis, los trabajadores y el movimiento sindical. Consecuencias de la crisis: El paro forzoso*, A. Rossi.—*El trabajo en la escuela: La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril*, Julio Noguera.—*Revisiones: El trabajo como carácter sexual*, Luis Huerta.—*Técnicos del futuro*, A. F. Joffe.—*Libros*.

SUMARIO DEL NÚMERO

2 *La construcción racional en la Economía*, Lucien Laurat.—*Cultura y socialismo*, Upton Sinclair.—*Diez años de racionalización*, A. Lafon.—*El factor económico en las Iglesias cristianas del mundo*, Matías Usero.—*La transformación social es ineludible*, Isaac Puente.—*¿Es el socialismo una utopía?*, Henri Barbusse.—*La economía mundial y el problema de la sobrepoblación*, Hildegart.—*El oro en el banquillo de los acusados*, A. Minard.—*Cinema: América y Europa*, José Renau.—*Panorama económico español: Crisis y abandono*, J. Millet Simón.—*Determinismo tecnológico*, Alfonso Martínez Rizo.—*¿Está madura para Hitler la Economía alemana?*, A. Souchy.—*El comunismo libertario, mi credo social*, Christian Cornelissen.—*Una página de mi vida*, Juan Grave.—*Historia de las ideas y de las luchas sociales en España*, Angel Pestaña.—*Fascismo*.—*Libros*.

ORTO

Revista de documentación social

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

SUSCRIPCIÓN

España y América.	
Semestre.....	6 pesetas.
España y América.	
Un año.....	12 >
Otros países.	
Un año.....	15 >

PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a

MARÍN CIVERA
Calle de Luis Morote, 44
VALENCIA (España)

Orto

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSÉ RENAÚ

Año I Núm. 4

Valencia, junio 1932

¿Qué será la próxima e inevitable revolución?

LA crisis del régimen evoluciona a una velocidad vertiginosa en todos los países. En algunos de ellos, los acontecimientos se desarrollan a un ritmo tal que es casi imposible advertir ciertos fenómenos que tienen una importancia capital.

Hasta cierto punto es verdad que el *hecho incontestable* —es decir, la misma base de toda doctrina experimental— queda a menudo anulado desde el siguiente día por otro hecho tan demostrativo, pero de orden inverso, que desplaza el eje de las fuerzas lo mismo a la derecha que hacia la izquierda, por razón de la brutalidad y rapidez de las reacciones que se producen en una y otra parte.

Nada caracteriza mejor la situación actual que esas formidables oscilaciones en sentido opuesto.

Sin embargo, se explican; por un lado, en el plan capitalista, un sistema social herido de muerte, que sucumbe bajo el peso de sus faltas acumuladas, y que busca su salvación por dos o tres caminos diferentes: *o una transformación lenta, que ofrezca nuevas posibilidades de vida, obtenida con la colaboración —en todos los dominios— de las fuerzas democráticas del capitalismo con los elementos moderados del proletariado industrial y agrario, que aún creen en las soluciones pacíficas del conflicto social y admiten la existencia del interés general en régimen capitalista. O, al contrario, una transformación radical, profunda, del capitalismo, realizada al principio en el terreno racial, que no teme afrontar la nacionalización de las riquezas puesta bajo la dirección de una selección nueva, formada por todas las capas sociales de la actualidad, representante y guardiana, por la fuerza, de la doctrina neocapitalista.*

Los partidarios de la primera tendencia se encuentran, principalmente, en Francia, Inglaterra, Bélgica, en los países escandinavos (Suecia, Noruega, Dinamarca) y, en cierta medida —a pesar de las actuales apariencias— en España.

Los otros, los de la segunda tendencia, están en Italia, en toda la Europa balkánica, en la Europa central y, sobre todo, en este momento, en Alemania, Hungría y Austria.

En fin, existen países —como Alemania y Austria— donde las dos corrientes coexisten y se combaten constantemente, sucumbiendo hoy, triunfando mañana; sin embargo, es justo proclamar que los partidarios de la segunda tendencia —los de la *transformación radical*— están a punto de triunfar decisiva y definitivamente de sus adversarios. Allí la democracia parece que ha de caer muy pronto bajo los golpes del nacionalsocialismo y del racismo. Este es el caso, particularmente, de Alemania y será, mañana, el de todos los países centrales, a pesar de la desesperada resistencia de los socialdemócratas austríacos.

Por la otra parte, en el campo obrero —independientemente de los elementos moderados, numerosos, pero virtualmente vencidos, sobre todo en Alemania— encontramos:

1. *Los comunistas*, que se ponen bajo la dirección de la Internacional de Moscú, cuyas fuerzas —importantes, aunque visiblemente declinantes, en Alemania, Francia y Checoslovaquia— son esencialmente industriales. No es necesario indicar aquí cuál es su doctrina, porque es bien conocida de todos.

2. *Los campesinos comunistas*. Este movimiento, que se desarrolla con una rapidez muy grande, es enteramente reciente y casi desconocido, aunque ya tenga profundas raíces por todas partes, especialmente en toda Alemania, en Austria, Hungría, Checoslovaquia, en los Balkanes, en la Italia del norte y, también, en España.

Enseguida veremos cuáles son las características esenciales de este movimiento, que está llamado probablemente a desempeñar un papel decisivo a breve plazo.

3. *Los sindicalistas revolucionarios*, cuyas fuerzas —industriales y agrarias al propio tiempo— luchan en todos los países, y particularmente en España —donde se encuentra la C. N. T., la central más fuerte de la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, que cuenta al menos 800.000 socios—; en Escandinavia (Suecia, Noruega, Dinamarca); en Holanda, Alemania, Francia, Checoslovaquia; en los Balkanes; en Méjico; en toda la América del Sur, y, en menor número, en el Japón, Indias y la China.

Resueltamente antiestatales y federalistas, los sindicalistas revolucionarios de todos los países nada esperan del Estado, de los Parlamentos ni de transacciones con los capitalistas, sean éstos demócratas o reaccionarios.

Desde el primer momento se esfuerzan en constituir sus organismos de producción, de administración y de gestión, que deberán asegurar la vida del nuevo orden social después de la revolución.

Con motivo de sus aspiraciones, los trabajadores agrupados en las centrales nacionales de la Asociación Internacional de Trabajadores, que persiguen la desaparición del capitalismo y son absolutamente hostiles a toda forma estatal, así como a toda dictadura, cualquiera que ésta sea; en todas partes están en lucha con todos los partidarios de las doctrinas autoritarias y estatales, sean o no capitalistas.

Dicho esto y hecha esta exposición, examinemos ahora los programas de todas las fuerzas que se acometen a través del mundo y, más particularmente, en Europa.

Las fuerzas de carácter democrático, que se dan cuenta de que el capitalismo no puede resistir la crisis actual más que con el concurso activo de la clase obrera, buscan ya hace mucho tiempo, y de una manera más clara después de la guerra, atraer a su órbita a las fuerzas del proletariado, al amparo de la doctrina denominada «*del interés general*», cuya inutilidad he demostrado recientemente en mi libro *Los Sindicatos obreros y la revolución social*. Hay que reconocer, por otra

parte, que estos elementos capitalistas han triunfado en parte, porque todos los centros de la Federación Internacional Sindical de Amsterdam, colaboran activamente con ellos, en los organismos nacionales e internacionales, de una manera permanente, a base de la *ficción*, que es el interés general.

Sin embargo, y a pesar de su triunfo en las elecciones francesas del pasado mayo, la impotencia de esas fuerzas se manifiesta a tiempo y medida que aumenta las dificultades a vencer.

Situados a la misma distancia de las doctrinas integrales del capitalismo y del proletariado, teniendo que luchar con la derecha y con la izquierda, recibiendo los golpes por los dos lados a la vez, ya no están en el plano del capitalismo tradicional y menos aún en el del comunismo, autoritario o libertario, por lo que la acción suya no constituye más que una hipocresía que no podrá perdurar mucho. El vicio no puede, en efecto, rendir un *«homenaje perpetuo a la virtud»*. Batidas ya en la brecha por todas partes las fuerzas democráticas del capitalismo, que no representan —doctrinal y prácticamente— más que una especie de transición, ya anticuada, entre el capitalismo y el comunismo, son llamadas a ser aplastadas entre el martillo de éstos y el yunque de aquéllos.

Probablemente se disgregarán bajo los golpes de los unos y los otros y sucumbirán en su esfuerzo, para integrarse enseguida a las filas de sus respectivas clases.

Así lo exige la implacable lógica de la Historia.

Veamos ahora lo que representa el fascismo, y tratemos, sobre todo, de comprender los caracteres esenciales del hitlerismo, reciente forma de este movimiento, que ya tiene diez años.

Ante todo hagamos constar que, a despecho de las afirmaciones de M. Bottai, en 1928, que pronosticaba que el fascismo se convertiría en la doctrina mundial del capitalismo, y los esfuerzos de Mussolini por *«exportarlo»* en su forma original, el fascismo comprendido así no ha echado raíces en ningún sitio.

Su fracaso depende, sin duda, de lo siguiente: primero, que como el fascismo *«mussolinista»* es específicamente italiano no puede convenir, latino como es, a los pueblos septentrionales y del centro; los mismos pueblos latinos restantes, igualmente, lo rechazan. Después, que el fascismo fué ya dejado atrás por los acontecimientos y está muy lejos de haber realizado sus fines en Italia.

Así que, conservando al fascismo lo que mejor lo caracteriza —no decimos lo que sustancia— Hitler ha aplicado importantes modificaciones a la doctrina de Mussolini.

Ciertamente, ha sabido —como este último— utilizar la resistencia que opone la finanza a la gran industria y, prometiendo a esta última libartarla de la presión de la primera, ha recibido de los grandes industriales —y de Thyssen, en particular— los subsidios necesarios para mantener la lucha. Gracias a la potencia del dinero, que le ha permitido organizar un partido, que es actualmente el más potente en Alemania, y *que puede que haya tomado el Poder cuando aparezcan estas líneas*, Hitler parece disponer de una fuerza invencible.

En efecto, apoyándose, por una parte, en el gran capitalismo industrial, y, por la otra, en las enormes masas de obreros, empleados, pequeños burgueses proletarizados, junkers y terratenientes arruinados, parece ocupar una posición inexpugnable; lo que no es, sin embargo, más que una apariencia y una apariencia engañosa.

El oscuro ejército de Hitler no es más que una *«avalancha»* compuesta de los elementos más dispares con intereses antagónicos.

Tan sólo es fuerte en la oposición y se disgregará, con rapidez desconcertante, en cuanto el hitlerismo tome el Poder.

Para conseguir el mando, Hitler ha prometido a los industriales la nacionalización de los Bancos y la expulsión de los judíos, que los dirigen; ha prometido

a los obreros el final de sus males por la nacionalización de todas las riquezas; a los junkers y terratenientes arruinados, les garantiza la posesión de sus tierras, y ¿quién sabe lo que habrá prometido a los judíos?

Fatalmente, la mayor parte de estas promesas no se podrán cumplir; tal vez no pueda cumplirse ninguna.

Entonces vendrá la desbandada, el desastre. Todos abandonarán a Hitler, convertido en el traidor de todos, hasta las mujeres, a las que ha prometido *un esposo para cada una de ellas*, y, antes que nadie, los obreros industriales, cuya miseria aumentará en vez de desaparecer.

Hitler, en el Poder, estará al borde del abismo. No tardará en medir la distancia que hay entre el Capitolio y la roca Tarpeya.

El hitlerismo morirá por sus contradicciones, como el capitalismo que pretende renovar. Y, en todo caso, aunque más primitivo, el fascismo es de otra forma más sólida, por lo menos en Italia.

Así como el fascismo, de origen latino, ha hecho aparecer un neofascismo de carácter germánico, el hitlerismo ha dado vida a un neohitlerismo, cuya cuna está situada en la Europa central, en los países del Danubio: Austria, Hungría, Sajonia y Baviera, donde el «racismo» vió la luz por la influencia de un doctrinario del hitlerismo de izquierda: *Strasser*.

El «racismo» se diferencia del hitlerismo en que, el primero, *considera que los cuadros burgueses están podridos y es conveniente destruirlos, mientras que el hitlerismo quiere utilizarlos*.

Aquél proclama que la raza *aria*, cuya cuna es la Europa central, ha recibido la misión divina de renovar el mundo. Especie de bolchevismo de derecha, tan absoluto como el de izquierda, quiere socializar las riquezas todas sin comprometerse antes con nadie; no admite recibir subsidios más que de sus afiliados, reclutados en todas las clases sociales. Partidario de la dictadura, quiere instituir la de una selección, detentadora de la doctrina y guardiana de su pureza.

Como es natural, afirma su deseo de apoderarse de los Bancos y expulsar a los judíos y quiere, también, establecer una especie de *Confederación danubiana* que comprendería Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia, en el seno de la cual funcionaría una especie de economía dirigida y compacta, capaz —afirman— de subvenir a las necesidades de los Estados confederados.

No está ahí, entre tantas otras, una de las menores debilidades del «racismo».

Pero hay otra mucho más grave. Aunque se proclama «radical», el fascismo contiene, en efecto esta contradicción: *socializar todas las riquezas del país y dejar la tierra a los propietarios, a quienes se juzgue dignos de conservarla*.

Ahí está la grieta del sistema. Abierta ya, continuará aumentando con la oposición, cada vez más encarnizada, de los propietarios y los campesinos que nada posean, porque el «racismo» no se apoya en la «noción de clase» y tampoco tiende a realizar *la igualdad social*.

Su teoría de la selección dirigente que, al contrario, consagra *la desigualdad*, constituye también una segura causa de fracaso.

En efecto, ¿quién nos podrá indicar cómo será elegida la selección, por quién y con qué criterio?

Nadie. Ni Strasser, el doctrinario alemán, ni Fabre-Luce, su émulo francés.

En suma, este bolchevismo de derechas ofrece muchas menores garantías que el bolchevismo de izquierda.

Hemos dicho ya que el «racismo» morirá por la contradicción de los intereses, que pretende conciliar, y que la cuestión agraria era la «piedra de toque» del sistema.

Esto es talmente cierto que ya se acaba de iniciar un movimiento muy importante, en el que figuran los campesinos pobres de todas las regiones de Alemania y los países centrales.

Si no es puramente de clase, si encierra en su seno a los obreros agrícolas, pequeños propietarios y medianos terratenientes —proletarizados ya actualmente— cuya tierra y cosechas están hipotecadas, no es menos cierto que tiene cierta tendencia a la igualdad, a la verdadera socialización.

Si su doctrina es bastante confusa, su objetivo está perfectamente claro; tiende a la *comunalización de las tierras*, a su explotación en común por los campesinos trabajadores de la localidad.

Se parece en eso a los grandes movimientos agrarios de los siglos X, XI y XII, sobre todo a este último, y es bien posible que se desarrolle de la misma manera, que sea una inmensa *jacqueria* abarcando millones y millones de campesinos, sin tierras o arruinados, en todos los países.

Este movimiento, nacido en Schleswig-Holstein, donde los campesinos se negaron a pagar el impuesto al fisco y éste no pudo vender las tierras embargadas por la abstención concertada de los habitantes, se ha extendido, primero, por Alemania del sur: Baviera, Sajonia, Wurtemberg, y por allí ha ganado el Austria, Hungría, Checoslovaquia, Slovenia y la Croacia, al mismo tiempo que aparecía en Pomerania, Prusia y el Brandeburgo, donde se alza resueltamente frente a los junkers y terratenientes.

Con características variables, este movimiento tiene una tendencia general idéntica que se manifiesta casi por toda Europa. Así se le descubre fácilmente en Bulgaria, en Rumanía —y hasta en Rusia—, en la Ucrania polaca y, sobre todo, en España —Andalucía, Extremadura y Galicia—, donde toma carácter netamente revolucionario bajo el impulso de la C. N. T.

En Alemania, en la Europa central, está fuertemente organizado; dispone de las armas conservadas después de la guerra por los soldados, que se desmovilizaron ellos mismos y puede, por consiguiente, con sus formaciones de combate ya existentes, alzar un día próximo *el lema de la toma de la tierra*, y ello repercutirá rápidamente en todo el continente europeo.

El hitlerismo, dejado atrás por el «racismo» y éste mismo, podrán contar muy poco con este movimiento; es probable que ocurra igual en los demás países y, *primeramente en España*, donde el problema agrario se presenta con caracteres más agudos que en otras partes. Esta es la serie de comprobaciones que todo observador imparcial puede y debe hacer.

De estas comprobaciones, cuyo alcance es inmenso, se debe normalmente desprender esta angustiosa pregunta: ¿QUE SERA LA PROXIMA E INEVITABLE REVOLUCION?

Primero: ¿Será proletaria, fascista, hitleriana o racista?

Después: ¿Será industrial o agraria?

Por último: ¿Será industrial y agraria?

Para mi concepto, el fascismo está ya atrasado; el «racismo» lleva en sí los gérmenes de su fracaso definitivo; pero el hitlerismo puede motivar el principio de un movimiento revolucionario de derechas, en el que el «racismo» será la segunda fase y el comunismo agrario, inclinando a la izquierda el eje de la revolución, la tercer fase.

En definitiva, nos encontramos frente a un movimiento que merece toda nuestra atención, porque ofrece enormes posibilidades, y, al mismo tiempo, entraña formidables peligros, si no recibe el apoyo y contrapeso de los trabajadores industriales.

Ante todo, hay que recordar que todos los movimientos de liberación intentados por los trabajadores industriales han tenido, en todas partes, la misma suerte: EL APLASTAMIENTO. Sea en Hungría, Alemania, Italia, Inglaterra,

en Francia, etc., los obreros han sufrido siempre la derrota, desde hace doce años. Y, desgraciadamente, los mismos obreros españoles no parece que vayan a tener mejor suerte, por lo menos en los momentos actuales.

En cambio, comprobamos que los movimientos de carácter agrario han conseguido el triunfo en todas partes, por una especie de oposición general; lo mismo en Rumanía, Hungría, Bulgaria, *Rusia*, Polonia, en toda la Europa central; es, pues, de presumir que este éxito se extienda a la Alemania y, también, a España, donde más que en ningún sitio —a causa de los errores repetidos del Gobierno y la miseria general de las masas campesinas— el problema reviste un carácter agudo y domina a todos los demás.

Pero, en este caso, otra cuestión se presenta: *¿Qué llegará a ser este movimiento, sin doctrina real y salido de la miseria y el hambre?*

¿Nos conducirá hacia una ignorada dictadura campesina? Por la forma comunalista en su origen, ¿nos encaminará hacia el comunismo libertario, con una organización sindical de la producción y una administración comunista de las cosas, ambas basadas en la igualdad social?

Nadie lo sabe; nadie lo puede saber.

Pero lo que se debe afirmar, proclamar, propagar y vulgarizar, es la necesidad de una revolución que sea a la vez *industrial y agraria, netamente social*, cuya tendencia comunista libertaria esté fuertemente marcada.

Bien claramente parece que esto depende exclusivamente del proletariado industrial, porque, sin esperarlo, su hermano de los campos se ha puesto en marcha.

¡Ah! ¡Mucho tiene aún que hacer el proletariado industrial! Organizar sus fuerzas, disciplinarias, pedirles el nervio de la guerra: *el dinero*; forjar sus cuadros industriales, sus formaciones de combate para la lucha armada; reunirse, en el plan de lucha ya emprendida, a los trabajadores de los campos; soldar estrechamente sus fuerzas con las de ellos; asegurar la unión constante y permanente de las dos fuerzas revolucionarias y, en definitiva, saber escoger su ruta: *o hacia el comunismo autoritario o hacia el comunismo libertario*, por la acción conjunta, coordinada, de los Sindicatos y los Ayuntamientos federados y confederados.

Como se ve, el problema a resolver es de una complejidad muy grande y una importancia capital.

Del estudio profundo y *rápido* de las cuestiones, de las soluciones aportadas depende —y por mucho tiempo— la suerte de la revolución y, por lo tanto, la de la especie humana.

A las actuales generaciones les pertenece la elección y la obra.

¡Que no resulten inferiores a su deber ni a su destino!

Pierre Besnard

Clichy.

La racionalización y el paro forzoso

UNO de los problemas de los presentes tiempos más apasionadamente discutidos es el de la relación entre la racionalización y los parados. No hay duda de que la introducción de nueva y más potente maquinaria y más eficientes métodos (intensificación del trabajo), y la reorganización de secciones enteras de la industria en grande escala, reducen el número de trabajadores necesarios para la producción de una determinada cantidad de mercancías. Estos son hechos que todo el mundo reconoce, pero nos encontramos con opiniones muy diferentes con respecto a las causas.

Algunos economistas aseguran que la falta de empleo ocasionada por la racionalización es sólo transitoria, porque el progreso técnico hace posible la conquista de mayores mercados y un consecuente aumento de producción. Si, por ejemplo, el número de obreros requeridos para la producción de una cantidad dada de mercancías se reduce en un 33.13 %, aumentada esta cantidad un 50 % (gracias a la apertura de nuevos mercados) permitirá el empleo del mismo número de obreros que antes, y si la producción se duplica, el número de trabajadores aumentará en un 33.1 %. Este razonamiento parece completamente lógico e innegable bajo un punto de vista puramente teórico, pero prácticamente está basado en un terreno muy inseguro, esto es, en la posibilidad de un indefinido aumento de mercados, y precisamente esta posibilidad la que requiere una prueba.

El rasgo principal del período presente es el retraimiento de los mercados. Es evidente que en tales condiciones el progreso técnico y la racionalización ofrecen un aspecto muy diferente del que tenían en el período anterior a la guerra. La diferencia puede ser reasumida en la siguiente forma: antes de la guerra el poder esterilizante del capital era relativo; durante el último ciclo industrial se ha convertido en absoluto.

¿Qué debe entenderse por el «poder esterilizante del capital»? El hecho de que una cantidad determinada de capital ocupa un número de obreros que decrece constantemente. Para ilustrar esta ley general de la economía capitalista tomemos algunas cifras de las estadísticas americanas anteriores a la guerra; elijo estadísticas americanas porque son las más exactas.

INDUSTRIA TEXTIL

AÑOS	Capital invertido	Número de obreros	Un capital de 1.000.000 de dóla- res emplea obrerros
1904	\$ 1.758.000	1.163.000	661
1914	\$ 2.836.000	1.507.000	531

Mientras el capital invertido aumentaba el 61 % de 1904 a 1914, el número de obreros sólo aumentaba el 29 % durante el mismo período. El número de trabajadores que podían ser empleados por un determinado volumen de capital en la industria textil fué reducido un 20 %.

HIERRO Y ACERO

AÑOS	Capital invertido	Número de obreros	Un capital de 1.000.000 de dólares emplea obreros
1904	\$ 2.351.000	869.000	369
1914	\$ 4.182.000	1.061.000	254

El capital aumentó el 78 %; el número de obreros, el 22 %. La capacidad empleadora del capital disminuyó un 31 %.

INDUSTRIA QUIMICA

AÑOS	Capital invertido	Número de obreros	Un capital de 1.000.000 de dólares emplea obreros
1904	\$ 1.588.000	227.000	143
1914	\$ 3.034.000	300.000	99

Aumento de capital: 91 %; aumento en el número de trabajadores: 32 %; disminución en la capacidad empleadora del capital (tasa de esterilización): 30 %.

Estos tres casos demuestran una *relativa* esterilización: el número de obreros aumentó, aunque en una escala mucho menor que el montante del capital, pero un aumento de sólo 24 % (en vez del 29 %) en el capital invertido en textiles, 44 % (en vez de 78 %) en el que se invirtió en hierro y acero, y 44 % (en lugar del 91 %) en el que se impuso en la química, hubieran sido suficientes para causar una disminución en el número absoluto de trabajadores. Durante el pasado período, desde 1920, la esterilización del capital en numerosas ramas de la industria americana se ha hecho absoluta. Como los datos demostrativos pueden conseguirse fácilmente, no es necesario reproducirlos aquí.

Es obvio que la escala de esterilización del capital depende de la escala de expansión en los mercados. En el período anterior a la guerra la esterilización del capital era tan sólo relativa, porque la escala de esterilización estaba más que compensada por una más alta escala de expansión del capital. En el período actual esta compensación se va haciendo cada vez menor; la escala de esterilización es ahora más alta que la de aumento de capital. La estrechez de los mercados existentes compele al capital a intensificar el desarrollo de la maquinaria con el propósito de reducir brazos: la escala de esterilización aumenta, mientras la escala de expansión disminuye.

Esta ley general del desarrollo capitalista explica el hecho sorprendente de que el número de parados es actualmente más alto durante períodos de prosperidad que en los tiempos anteriores a la guerra, en los momentos culminantes de una crisis. Este hecho puede ser observado en todos los países, donde la racionalización haya sido establecida en gran escala, y es particularmente notorio en Alemania. En el período 1907-1913, que incluyó la gran crisis de 1907-1908, había una proporción de sólo 2,3 % de parados entre los afiliados a los Sindicatos. Durante 1927, 1928 y la primera mitad de 1929, es decir durante un período de innegable prosperidad, esta proporción se calculaba entre el 9 y 11 %. Hasta en este período, particularmente favorable, Alemania tenía un ejército de parados de más de dos millones; al final de 1930 habían cuatro millones de parados en Alemania.

Dejemos aparte la excepcional situación creada por la crisis de 1930. Este artículo no trata de puntualizar el aumento de parados durante una crisis sino en

los tiempos de comparativa prosperidad, para llegar al descubrimiento de los efectos inevitables de la racionalización, dejando a un lado las fluctuaciones de los ciclos de negocios.

La siguiente tabla nos permitirá comparar los cambios en las escalas de producción y de parados en Alemania, durante los últimos cinco años:

AÑOS	Indice de producción	Aumento o descenso en proporción año anterior	Número de empleados en millares	Aumento o descenso en proporción año anterior
1925	81,8		1.924	
1926	77,6	— 5,1 %	2.390	+ 24,2 %
1927	98,4	+ 26,8 %	1.926	— 19,4 %
1928	98,3	— 0,1 %	2.444	+ 26,4 %
1929	100	+ 1,7 %	2.895	+ 18 %
1925-1929		22,2 %		50,4 %

Para los propósitos de este artículo hemos de pasar sobre el período de 1921-1924, que fué caracterizado por perturbaciones anormales políticas, económicas, financieras y monetarias. La reanudación de las condiciones normales en la economía alemana comienza sólo en 1925, pero es interrumpida, al final de 1925 y principios de 1926, por una crisis que termina en la segunda mitad de 1926. La producción declina un 5,1 % en 1926, comparativamente con 1925; los parados aumentan al 24,2 %. Durante 1927, año de condiciones muy buenas, la producción aumenta un 26,8 %, pero los parados disminuyen solamente en 19,4 %. En 1928 la producción se mantiene aproximadamente en el mismo nivel, pero los parados aumentan el 26,4 %. Puede observarse en 1929 un ligero aumento en la producción (7 %); sin embargo, los parados aún aumentan (18 %). Desde 1925 a 1929, la producción ha aumentado más del 22 %, pero el número de parados ha aumentado aproximadamente en un millón, o más del 50 %, antes de estallar la crisis, en un tiempo de plena prosperidad.

Este tremendo aumento de parados es la consecuencia de la racionalización, de la absoluta esterilización de la capacidad empleativa del capital. Podemos hablar propiamente de absoluta esterilización, pues a pesar de un aumento importante en la producción aparece un aumento de parados mucho más importante, mientras que en tiempos «normales» el número de parados tendía a desaparecer durante los períodos de prosperidad.

La ola principal de racionalización se estrelló sobre Alemania entre 1925 y 1927. Aunque este movimiento aún continúa, no hay duda de que su primera y más insistente aplicación se hizo en aquel tiempo. Según las estadísticas de la *Reichskreditgesellschaft*, el aumento en la eficiencia del trabajo en las diferentes industrias fué el siguiente:

EFICIENCIA DEL TRABAJO EN 1927

	Aumento en proporción a	
	1925	1913
Producción de mineral de hierro	12 %	26 %
Producción de plomo, plata y zinc	18 %	13 %
Producción de cemento	24 %	44 %
Potasa	30 %	72 %
Cok	37 %	19 %
Industria maquinista	40 %	—
Acero	42 %	—
Hierro	43 %	—
Industria automovilista	72 %	160 %

Según las estadísticas de la Federación de la Industria Maquinista Alemana, el importe del capital alemán invertido en maquinaria alcanzaba la suma de 27 marcos *per caput*, en 1925; 36 marcos, en 1925, y 48 marcos, en 1928. En cuatro años aumentó en más del 75 %.

La Vereinigte Stahlwerke, que es la segunda Compañía productora de acero del mundo (la United States Steel Corporation es la primera), y cuya producción representa casi la mitad de la producción de acero alemana, el 6 % de la producción mundial y más que la producción entera de Bélgica y Luxemburgo en conjunto, gastó 275 millones de marcos (aproximadamente \$ 80.000.000) en dieciocho meses (1927-1928) reorganizando su equipo técnico. Durante el mismo período redujo el número de sus trabajadores, de 183.179 a 172.595, y el de otros empleados, de 15.740 a 15.394.

En la industria de la potasa, la racionalización fué particularmente franca. Desde 1924 a 1925 fueron abandonados 118 filones y se concentró la producción en los restantes 106, que eran los que daban mayor rendimiento. El número de trabajadores fué reducido, de 39.000 a 14.000, y estos 14.000 producían 1.225.000 toneladas, cuando la producción de los 39.000 había consistido solamente en 842.000 toneladas en 1924.

En la famosa empresa Kuntze-Knorr Bremse, el tiempo-producción de un freno que de antiguo requería 159 de labor, fué reducido, gracias a la racionalización (introducción del transportador), a cuarenta y siete horas.

Otro ejemplo luminoso lo proporcionan las minas de hulla del Ruhr. La siguiente tabla ilustrará el desarrollo de productividad de esta región:

PROMEDIO DE PRODUCCION DIARIA DE UN OBRERO

AÑOS	En kilogramos	En porcentaje de 1913
1913	943	100
1924	857	90,9
1925	946	100,3
1926	1.114	118,1
1927	1.132	120
1928	1.191	126,3
1929	1.271	134,8
1930, mayo	1.331	141,2
1930, octubre	1.415	150

En 1924, la productividad está aún por debajo del nivel de 1913, que sólo pudo alcanzarse en 1925; pero, ya en 1926, los efectos de la racionalización comienzan a hacerse visibles. En 1929, el aumento de producción alcanza aproximadamente al 35 %, y durante 1930, en mitad de la crisis, la intensificación del trabajo empujó la producción al 50 % sobre el nivel de 1925. Pero, desde 1924 a 1929, el número de trabajadores mineros en la región del Ruhr se redujo de 448.000 a 369.000, o sea, el 17,6 %.

Es evidente que tan rápido progreso de esterilización del capital no puede ser compensado por un correspondiente aumento de producción; es cierto que sería posible producir más, pero no hay bastantes mercados. Como sería ciertamente posible reducir las horas de jornada sin disminuir los jornales, pero esta modalidad es practicable únicamente para empresas excepcionalmente bien organizadas y dirigidas, y no para la industria capitalista en general.

Esta situación fué prevista por Federico Engels, amigo y colaborador de Carlos Marx. En una carta escrita el 3 de febrero de 1886, a la señora Wischne-

wetzky, traductora americana de uno de sus libros, encontramos la siguiente anticipación de nuestro tiempo :

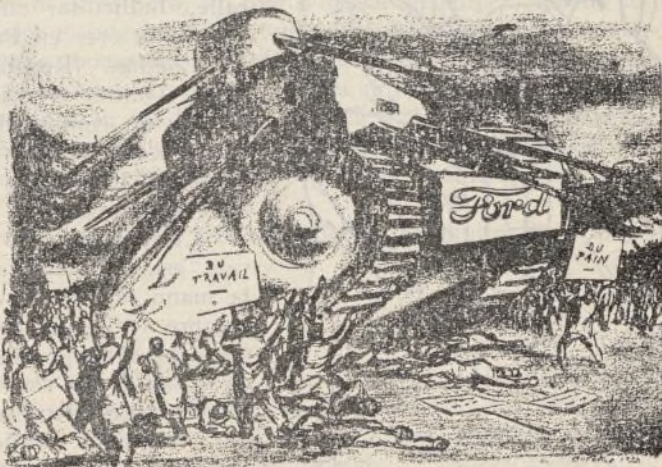
«América aplastará el monopolio industrial de Inglaterra —cualesquiera que sea la parte que le quede— pero América no podrá sucederla en aquel monopolio. Y a menos que *un* país tenga el monopolio de los mercados del mundo, a lo menos en ramas decisivas del negocio, las condiciones —relativamente favorables— que existían aquí en Inglaterra de 1848 a 1870, no pueden ser reproducidas en parte alguna y, hasta en América, la condición de la clase obrera irá hundiéndose gradualmente a una más y mayor profundidad. Pues si hay tres naciones (es decir, Inglaterra, América y Alemania) que compiten en condiciones comparativamente iguales para apoderarse del mercado mundial, no es cuestión del azar, sino superproducción crónica, y cualquiera de las tres es capaz de abastecer la cantidad total que se requiera.»

Ahora nos encontramos en la situación que Federico Engels profetizaba hace cuarenta y cinco años. A causa de la falta de mercados hay superproducción crónica, depresión permanente; hasta pasada la presente crisis, cuando producción y negocio alcanzaran de nuevo el nivel de 1928-1929, o lo sobrepasaran, quedará un gran número de parados en todos los países capitalistas.

Lucien Laurat

Extractos del programa de Hitler

Artículo 4.º No puede ser ciudadano alemán más que el que es amigo del pueblo. No puede ser amigo del pueblo más que aquel que es de sangre alemana, cualquiera que sea su creencia. Ningún judío, por consecuencia, puede ser ciudadano.

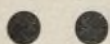


Nuevo modelo Ford

Berlín, la capital del caos

HACE tan sólo algunos años, la ruta que se extiende entre París y Berlín no ofrecía a la mirada más que un sencillo paisaje, sombrío y fastidioso, además, con sus alrededores arenosos, macizas construcciones y sus campos trazados a cordel. El viajero ve hoy cómo corre hacia su encuentro un *paisaje social*, siniestramente enmarcado por dos carteles.

Cuando surge el Rhur, la titánica empresa industrial de otros tiempos, pronto se advierte la entrada en un país donde toda la actividad se ha aminorado. Apagados, en su mayor parte, los altos hornos; abandonadas las bocaminas; millares de vagones vacíos; los cabestrantes y las poleas de las grúas siempre inmóviles; por todas partes la herrumbre, el silencio, una semiasfixia, una oscureciente petrificación que hace pensar en la «muerte del hierro». Sobre este fondo letárgico, el choque de las fuerzas que se enfrentan toma un relieve fúnebre. Por doquiera que se halla espacio libre, con carbón, yeso, con lápiz o pintura, inscripciones responden a inscripciones, retumbando como gritos de combate. Los muros, las vallas y las traseras de las casas se encaran como adversarios: «¡Votad a Hitler!—¡Votad a Thaelmann!» Aquí: «¡Clase contra clase! ¡Ricos contra pobres!» Y allá, la cruz de retorcidas aspas. Retos, proclamas, símbolos, todo resalta tan áspero, tan estridente, tan brusco en derredor—donde el vacío es tan grande—que recuerda algo así como una descarga en mitad de un cementerio. Primer aspecto de Alemania.



En el centro elegante de Berlín, la Kurfürstendamm, la Unter der Linden, la Tauenzienstrasse, la Friedrichstrasse, son otros tantos cuadros a lo George Grosz.

Ante los escaparates chispeantes, los cafés concierto, cinematógrafos de mármol, cervecerías que parecen templos y comercios sinfónicos, pasan señoras con mantos de astrakán del brazo de bigardos que chupan gruesos puros; mujeres filiformes exhiben la boinita ladeada sobre el rubio Hollywood; largos autos charolados se entrecruzan en tromba; la calle, bulliciosa, ruge, resplandece... El viajero se cree en París (Campos Elíseos), en Londres (Regent Street), en Nueva York (Quinta Avenida) o en Viena (Prater), y se comprende que los periodistas parisienses, al salir del Eden-Hotel o del Kaisehof, hablen de lujo, bienestar, abundancia, animación.



Ciertamente no verán, no querrán ver, estas siluetas que os abordan con la mano tendida y voz ahogada: «Tengo hambre... Tenga usted compasión... Estoy sin trabajo desde... Cuatro hijitos en casa...» No son mendigos ordinarios; son hombres decentemente vestidos, dignos, honrados, tímidos y como desconcertados por una desgracia demasiado grande. No se recorren veinte metros sin

oír: «Tengo hambre... Le suplico...» Una pareja de semblante demacrado se arrastra vacilante, se detiene ante un reverbero y entona una cantinela —casi entre dientes—; los transeúntes no se entretienen, van a sus placeres, a sus negocios. Junto a un cochecito, en el que duermen dos pequeños, está una mujer, lívido vigía, y cuando ve brillar una monedita de cincuenta pfennigs en la palma de su mano, como un náufrago que se agarra a una rama, os lanza entonces una mirada llena de confesiones trastornantes. Más lejos, es un anciano que murmura una letanía incomprensible; allá, dos niños, que tendrían el as-



pecto de haber escapado a hacer novillos sin aquellos grandes ojos angustiados; recién salidos del barrio donde les atormenta el hambre, consumidos por una lenta usura, avergonzados de encontrarse mendigando en esta acera... Y aquél, con las mejillas amoratadas por el frío, la chaqueta de verano, se ve enseguida, ha venido para hacer como los otros pero, sin que se pueda decidir. Como un alucinado, registra con los ojos el interior de un suntuoso restaurant, de donde escapan, entre notas musicales, bocanadas del cálido olor de los manjares. Al acercarse a él, uno espera verle ensayar un gesto, una mirada... él... no, él se ha alejado hundiendo las manos en sus bolsillos: no ha podido. Y uno se marcha en sentido contrario, lleno de remordimientos de no haber osado, guardando en el fondo del alma, grabada aquella faz, que otra, más torturada aún, os hace olvidar bien pronto.

Esto no es París, ni Nueva York: es bien Berlín, la capital de la miseria.

Hace dos días que Ernst Winck nos sirve de guía, a través de Moabit, Wedding y Neu-Köln, ciudades obreras dentro de la ciudad. En estas arterias espaciales, detrás de estas fachadas tranquilas y de apariencia confortable, ¿quién diría que se representa, miles de veces repetido y, sin embargo, siempre idéntico, el drama del hambre y que los recién nacidos mueren de frío? Hoy es

día de mudanzas, y vemos pasar vehículos, ¡en donde se amontonan miserables batiburrillos! Treinta mil familias van hoy en busca de un alojamiento menos caro que el que acaban de dejar. ¿En qué sotabancos, en qué tugurios se van a meter?

Winck es un obrero albañil. Cuando nos excusamos de hacerle perder su tiempo, nos dice con una semisonrisa: «¡Mi tiempo! Pero si mi tiempo no vale nada: estoy sin trabajo desde hace ya tres años. Mi mujer, también. Y cuando se ha salido de la producción ya se puede remover cielos y tierra, se ha terminado y bien terminado.» Los dos viven del socorro de paro; cincuenta y cuatro marcos al mes, de los que han de pagar veintitrés por alquiler de un cuarto con cocina, y la vida viene a estar aproximadamente lo mismo que en París. Ellos aún son de los privilegiados, así lo hace constar Winck; uno de sus hermanos, que es pintor mural, con tres hijos pequeños, no cobra más que cuarenta marcos al mes. Cuando se trata de tomar un autobús o el metro, nuestro camarada se muestra tan indeciso como nosotros mismos; a veces nos hace hacer trayectos inútiles: «Hace tres años que recorro Berlín a pie —dice excusándose—; ya no tengo práctica alguna en los medios de locomoción.»

En el tranvía de vuelta, donde vamos en la plataforma, una mujer anciana está amodorrada, luego dormida; lleva en un bolso de red una coliflor, un pan, una docena de patatas. A cada parada, entreabre los ojos, palpa su tesoro, instintivamente, como si se tratara de un estuche de diamantes —respira: todo está allí, en efecto—; luego cae de nuevo en un abatimiento parecido a la desesperación.

En Winterbergplatz, una mujer bastante bien vestida se dispone a bajar. Mira en derredor, advierte a mi vecina, una viajera de unos cincuenta años, se encara con ella, y le grita: «¡Es una vergüenza tolerar esta canalla entre las personas decentes! ¡Eh! ¡No nos irá a negar que usted es judía!» La interpelada no ha dicho ni hecho nada, se contenta con replegarse en sí misma; pronto, la otra se envalentona y prodiga las injurias. «No trato de negar mi raza —acaba por decir la judía (porque es bien cierto que no tiene el aspecto de los germanos puros que describía Tácito: su nariz semita y su tinte aceituado la denuncian)—, pero usted no ocultará que es una *señora de Hitler*...» Los viajeros ríen, algunos se vuelven. Viéndome trémula, la mujer judía se me aproxima: «Vea lo que hemos de sufrir todos los días. No osamos salir de casa ni entrar en sitio público. En las escuelas, ¡si usted supiera!... Mi hijito no sabía que era judío. «¿Tú eres judío?», le preguntaron un día sus camaradas. «Nada de eso —respondió él—: soy berlinés.» Comprendió que era judío cuando estaba casi molido a golpes.» Las lágrimas corren, lentas y abundantes, por las mejillas morenas.

Recuerdo haber asistido a una escena casi idéntica. Era en América, y la mujer era negra.

Mucho, mucho tiempo marchamos por un inmenso terreno inculto, ceñido al horizonte, por altas chimeneas de fábrica. En el centro se levanta un edificio, lleno de grandes ventanas horizontales, a la americana, de líneas netas y rigurosas. Allí es donde van los parados a hacer marcar sus tarjetas y cobrar los subsidios. Por todas las vías adyacentes llegan, llegan siempre, con la extraordinaria disciplina alemana; los que han venido en bicicleta —los dichosos— ordenan sus ciclos en un garaje especialmente destinado a ello, se juntan con los otros, forman en fila y todos se reparten ante las portezuelas y taquillas. Hay allí un departamento para la juventud —aprendices, a un lado; obreros jóvenes, a otro—; la

sala donde acuden los nuevos parados a hacerse inscribir —¡y cuán numerosos son!— y el gran salón, con divisiones que separan a los obreros especializados, jornaleros, solteros y casados.

Con una atención singular un burócrata nos explica el mecanismo de la organización —y hay que reconocer que todo está admirablemente ordenado—: «Si ha de escribir sobre lo que usted ve —dice— le suplico que sea «leal», no vaya a decir que se han hecho gastos inútiles al construir este edificio; comprenda que es para ahorrar personal...» Si quisiéramos seguirle no dejaría de enseñarnos ni un clasificador, ni un fichero, ni un cajón. ¿Es eso, acaso, lo que nos interesa? Es esta marea humana, que crece lentamente, esta interminable procesión; toda la planicie está llena. Los hombres llevan todos la misma gorra azul marino con rígida visera negra, capa de paño raído —los que tienen capa— cuidadosamente cepillada, calzado viejo impecablemente lustrado; en cuanto a las mujeres, los vestidos son oscuros, anticuados, pero sin una mancha, sin un pliegue. ¡Qué preocupación en el porte; qué altivez en la penuria! Lo que no pueden ocultar son las arrugas de los rostros, la ardorosa inquietud de las miradas y la palidez de las mejillas.

Todo aquí es trágico; la inmensidad de la ola que se forma y se disipa; los brazos que caen, inútiles; las manos tendidas hacia la escasa pitanza; la tonalidad de las carnes y la costumbre de sufrir, que encorva las espaldas. Y todo sería desesperante si, en este pesado silencio que precede a la tormenta, no se viera pasar, de cuando en cuando, la dura llama de una mirada, una frente que se levanta más alta... Esparcida aún y oculta bajo la ceniza, la promesa de lo que será.



Un joven maestro de escuela alemán ha tenido la atención de mostrarme los documentos de un informe muy curioso. Por medio de una revista pedagógica, ha propuesto a sus colegas someter a los discípulos el pequeño cuestionario siguiente:

1. ¿Ama o detesta usted a los franceses?
2. Alrededor de usted, en casa, ¿se habla de la guerra mundial? Si es así, ¿qué se dice?
3. Si dentro de unos años estallara una nueva guerra, ¿qué pensaría? ¿Qué haría usted?
4. ¿Cómo se pueden arreglar las diferencias entre los pueblos y evitar la guerra, a juicio de usted?

He podido leer las respuestas que, a centenares y de todas las escuelas de la nación, han llegado, escritas por niños de once a catorce años, de uno y otro sexo.

Ante la primera cuestión, el 83 % de los escolares declaran detestar a los franceses; el 16 %, los aman, y el 1 % sólo sienten indiferencia por ellos. Los amigos de Francia son, en su mayoría, las niñas, y sus respuestas giran alrededor de las siguientes: «Ama a los franceses, porque son gentes como nosotros.» La nota exacta es la que nos proporciona un joven escolar: «No odio a los franceses, porque todos los franceses no nos detestan; solamente es su Gobierno lo que les empuja contra nosotros.» Los enemigos de los franceses —los muchachos— apoyan su odio, uno por uno, en: el tributo de las reparaciones; la guerra mundial; el Tratado de Versalles; la ocupación del Rhur; el hecho, en fin, de que ellos no desarmen, que ellos son —dicen algunos— «nuestros enemigos hereditarios». La carga de las reparaciones aparece como una obsesión: «Odio a los franceses. Debiéramos amar también a nuestros enemigos, pero, ¡porque ganaron la guerra nos imponen tantas privaciones! Deberían, sin embargo, saber que ya nada poseemos.»

A la segunda pregunta, los escolares responden que se habla mucho, en casa, de los horrores de la guerra y del temor que se siente de ver desencadenarse un nuevo conflicto. La penuria que reinaba en las casas sale, a menudo, en las conversaciones, pero refiriéndose principalmente a los sufrimientos de los alemanes. Raros son los muchachos que se hacen eco de un sentimiento de piedad hacia el sufrimiento del adversario; sin embargo, algunos se manifiestan en este sentido.

Ante la tercer pregunta, el 37 % de los muchachos se declaran dispuestos, eventualmente, a tomar las armas cuando tengan la edad; pero hay que tener en cuenta que éstos son todos niños que habitan en la Prusia oriental, donde los polacos inspiran actualmente un violento odio. «Los polacos son unos perros malvados —escribe un muchacho—; nos han quitado tanto territorio, cuando no hemos merecido este trato. Y aun el territorio más precioso, lo cual es una villa-nía.» Un 30 % de los muchachos afirman que rehusarían el servicio, son resuelta-mente «oposicionistas de conciencia» y no quieren matar. El 33 % irían a la guerra, pero con ciertas reservas, a condición de que... y si...

La cuarta cuestión, en fin, ha resultado muy embarazosa para los escolares. El 30 % responden que no pueden imaginar cómo se pudiera arreglar bien y pací-ficamente las diferencias entre las naciones; un 3 % declaran la cosa imposible, y el 15 % veían los medios de evitar la guerra en el acercamiento y la unión entre los pueblos.

¿Qué maestro francés hará la misma estadística entre los niños de las escuelas?

He visto hombres de todas las clases sociales, de todas tendencias. Obreros e intelectuales, apolíticos, socialdemócratas, comunistas, ortodoxos, oposicio-nistas, afiliados al nuevo partido obrero socialista.

He oído a los militantes de este último partido y de la socialdemocracia, que me afirmaban con fuerza que el militarismo francés no existe, y que el derecho y la cultura, cuando la guerra mundial, estaban de la parte de los franceses, que combatían la barbarie. He oído a los comunistas estimar que Hitler no podía subsistir veinticuatro horas en el Poder, preconizar el voto en su favor, a fin de precipitar los acontecimientos y adelantar así el advenimiento comunista. Tal es la confusión que reina en los espíritus. Tal es el caos.

He visto a los obreros socialdemócratas y a los comunistas hablar entre ellos y discutir fraternalmente los problemas de la lucha; pero he sabido, por ellos mismos, que, en el momento en que se enfrentan en reunión pública, se injurian y, frecuentemente, llegan a las manos. Tal es la base artificial de la división obrera.

He visto en todas partes el terror, la angustia torturante del mañana, el reflejo del miedo ensombrecer las frentes y, con un sentimiento de esperanza inexplorable, el deseo de un cambio a todo trance: tan sólo este deseo puede explicar la presencia de los parados en las filas de los nazis... Berlín respira en estos momentos la atmósfera del año mil.

Desde hace muchos años, nos lamentamos, frecuentemente, de atravesar una época confusa, difícil de comprender, enteramente revolucionaria en cuanto a las condiciones objetivas, pero en la que falla trágicamente el elemento subjetivo.

Si quiere verse esta confusión llevada al paroxismo —al rojo blanco, si así puede decirse— es a Alemania donde hay que ir; allí es donde Europa realiza todas sus virtualidades de caos y pasa por el momento crucial de su historia; allí es donde la enfermedad planetaria se ha concentrado, hasta formar sobre las

cabezas un cielo de pesadilla y a presentar ante los ojos apocalípticas visiones. Es allí donde el viejo mundo siente el mayor dolor y está más desbaratado, donde el obrero sufre más hambre y está más amenazado; amenazado en todas sus conquistas, en su existencia misma. Pero es allí donde, en el exceso de miseria y la inminencia del peligro, la clase dividida volverá en sí y, desde el fondo del caos, comprenderá el dilema: Unida o aplastada.

Magdeleine Paz

El café

El Estado de Sao Paulo, que produce la mayor parte del café en el Brasil, había podido hacer subir los precios, en 1923-24, al doble que eran antes de la guerra, y esto se consiguió con la organización defensiva de los productores. La producción fué estimulada con este aumento. El cafetal no produce hasta cuatro o seis años después que fué plantado; a partir de 1927-28 es cuando aparece la superproducción. Aquí, también, el mismo método: compra y almacenaje. A pesar de todo, los precios bajan.

Un millón de sacos han sido destruídos.

Las existencias se elevarán a 22 millones de sacos.

Los precios han bajado un tercio del nivel que tenían hace dos años.



Las locomotoras brasileñas se alimentan con café, en vez de carbón

La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril

En la Fiesta del Trabajo son las mismas las reivindicaciones de los muchachos y sus profesores.—La sesión única y los turnos dobles.—La gratuidad absoluta, para que la enseñanza secundaria y superior nos interese

(Conclusión)

CUANDO la escuela responde a una finalidad retardadora y cumple su misión con servir de encierro; cuando la escuela se utiliza además para la imposición de dogmas, o para dar hechas y en determinados órdenes las ideas; cuando la escuela sirve al interés de quienes necesitan contar con material humano dócil para la explotación y el mando, mejor o peor en su detalle, será como es y hasta ahora ha sido nuestra escuela.

El canturreo en son de cancanurria, los pautados caligráficos y las lecciones de memoria, las rutinas, en suma, responden a una necesidad para el empleo de una larga e interminable jornada escolar. Es absurdo querer hacer una escuela de otro tipo conservando los viejos horarios, los programas anticuados y los edificios de traza carcelera o conventual que nos legaron otras edades.

La escuela activa, la enseñanza basada en el interés del que busca el aprender como satisfacción de una necesidad, no puede ser esto que hoy nos destroza secando en sus fuentes todas las energías, haciendo pesadez mortal de las horas y coartando con la iniciativa todo intento libertador.

Las novedades en la escuela que padecemos todas son viejas, gastadas y desacreditadas en cien ensayos aparatosos y engañosos. Mientras la escuela sirva a lo que sirve, no será más de lo que es, y lo que enseñe siempre valdrá menos que lo que roba en potencialidad para la vida, en lo que mata y destroza de personalidad.

No nos cansaremos de repetirlo: el trabajo en la escuela es duro y su jornada no puede mantenerse así sin mil rutinas y subterfugios para «engañar el tiempo».

El profesorado universitario, el de los institutos y normales no toleraría ni resistiría un horario tan largamente disparatado, como el de las escuelas primarias, más indicado, si pudiera serlo, para sujetos de mayor edad, preparación y desarrollo, que para los pequeños escolares de cuatro a diez o doce años.

Pero hay más. No existe funcionario público obligado a prestar tantas horas de trabajo y con tamaño esfuerzo, ni profesor ni inspector de escuelas que, aun duplicándole los haberes, se preste a cambiar su destino por el de maestro. No hay obrero que, después de dar una jornada tan dura en el día, se le obligue a trabajar de noche en jornada extraordinaria y aun supletoria, cobrando por estas jornadas menos que en las horas del ordinario quehacer.

El maestro de escuela cobra menor soldada que todos los empleados del Estado, está sometido a iguales impuestos y descuentos más el tener que pagar

la sustitución cuando la enfermedad le rinde o necesita opositar para procurarse una mejora que nunca se le da por servir bien en su escuela.

La vida administrativa del maestro está erizada de trámites, de dificultades y tropiezos, de los que nadie puede formar idea como no sea asomando su curiosidad a la fronda inextricable de lo que llamamos legislación de la enseñanza.

Con el desempeño de la cátedra todo es compatible: la investidura parlamentaria, que obliga a permanecer fuera de la localidad donde se explica; la concejalía; el ejercicio libre de la profesión, lo que ha dado en llamarse «enchufe», síntoma vituperable de la picaresca elevada a Poder. Con el desempeño de una escuela no es compatible nada, ni el trabajo particular en la enseñanza, al que burlando la ley hay que entregarse en muchas ocasiones para que los hijos puedan malcomer.

El maestro de escuela no puede ser nada, porque tantas horas de clase se lo impiden; y se lo impiden tantas horas para que nada valga y nada sea precisamente. ¿Se ve claro el truco?

Toda la organización administrativa de la enseñanza no es otra cosa que tupida red para dificultar la existencia normal del maestro, que en todas partes se siente mal, y va y viene de un confín a otro confín sin viáticos ni ayudas, con la casa al hombro, como los caracoles, sin arraigar en parte alguna, siempre forastero en todos los lugares.

El pueblo no ama al maestro porque lo poco amable de su vida le sitúa por lo general en actitud de esquinado hasta consigo mismo y su pobreza le impide hasta alternar en el trato con las gentes.

Y así nos lo dejaron nuestros padres y así lo vamos a dejar a nuestros nietos. ¡No hay remedio!

Que la escuela así no rinde su debido fruto, que no sirve al pueblo que la paga ni llena su indicada función social, todos lo sabemos, pese a cuantas inspecciones se le impongan para «hacer que hacemos», pese a cuanto en la *Gaceta* se estereotipe con prosa ramplona, fría, insincera y estéril.

Tuberculizado a la huesa, o desequilibrado al manicomio, va cayendo lo mejor del magisterio, con las alas rotas, con el corazón despedazado cuando no se resigna a la impotencia. Mientras, el fariseísmo proclama en discursos altisonantes que el remedio está en la selección por las oposiciones o los concursos y cursillos, y que en elevando la capacidad por el más alto nivel de la cultura profesional, la escuela llegará a ser lo que la democracia pide y el derecho público exige que sea.

Es vano todo. No hay nada que no haya sido ensayado. Mientras la función sea lo que es y la mezquindad sea el pago, el maestro no será ni mejor ni peor; que bastante hace con dar a la obra, sin pena ni gloria, su propia vida en agotador e inútil esfuerzo.

El higienista, el psicólogo y el pedagogo sincero apuntan lo que debe ser y nadie pone empeño en que sea; saben que el niño da, con la medida de su desarrollo mental y físico, el tipo especial de trabajo y la duración de una jornada más breve e intensa; pero no se pone interés en escucharlo; no se quiere, y para justificar lo injustificable, se dice que no se puede.

Se sabe que el aprender bien lo que en la escuela debe darse únicamente como recursos para la adquisición de cultura por cuenta propia, no exige tanto tiempo, si éste es bien aprovechado. Nos consta que viviendo sus horas libres y en contacto con la Naturaleza, el niño y el adolescente aprenden por sí mismos mucho más que en el encierro de las clases.

El problema de la buena escolaridad —bien se alcanza a todos— se simpli-

fica notablemente con la sesión unificada (1) de cada día, ganando tiempo al suprimir las prolongadas interrupciones y cortes que ahora sufre; se completa, de acuerdo con lo que el normal desarrollo de los escolares pide, aumentando también cada día las horas para juegos y actividades libres, sobre todo, si se ponen al alcance de las manos cosas que hoy no sirven a ningún fin docente guardadas en las vitrinas.

El aula alternada con el vivir campestre en parques y jardines, nos consta que puede dar una tónica saludable al período escolar, en el que hoy la vitalidad se amustia y la personalidad suele perderse.

Se sabe, se sabe... Pero lo curioso es que lo proclamado como incontrovertible se pierde o esfuma como solución de buen gobierno al arribar al Poder. ¿Es que el ejercicio del mando origina la amnesia en los hombres que parecían capacitados y bien dispuestos?

Es, sin duda alguna, que al poner mano en las realidades presupuestarias falta decisión para tapar las grietas y verdaderas simas donde se filtran y sumen los tesoros públicos, a pretexto de la defensa de un orden que no es el que conviene a la colectividad y de una seguridad en la guerra que es la intranquilidad mayor y el peligro más espantable que amenaza a los pueblos.

—Soluciones, soluciones—piden con impaciencia los fatigados, quizás por esta que parece larga y angustiosa catilinaria.

—Las hay, sin duda alguna —respondemos—, y es difícil que a los que darlas pueden se oculten.

Por lo pronto, y en lo que a las urbes afecta, la supresión total de las escuelas unitarias metidas malamente en pisos de casas de vecindad, es cosa que se impone con urgencia. No hay razón alguna para que la escuela en los núcleos urbanos no sea graduada, bien con especialización de profesores o con rotación de clases.

La dualidad orgánica separando en escuelas diferentes a los niños de las niñas, debe desaparecer, que no hay educación completa sin completa coeducación, y es un verdadero insulto para el magisterio primario el poner en tela de juicio lo que con resultados y sin inconvenientes notorios es norma seguida en todos los centros de enseñanza secundaria y superior de nuestro país.

En los grupos escolares puede cuadruplicarse la matrícula, adaptando los horarios a las exigencias de cada estación o mes del año, estableciendo la sesión única para los alumnos y doble (2) para los profesores, duplicando también los

(1) Al proponer las entidades societarias del Magisterio la «sesión única», como conclusión razonada y estudiada por la Federación de Maestros de Levante, no se buscaba por el profesorado reducir en lo más mínimo el total de horas dedicadas cada año a la enseñanza, sino mejorar las condiciones de trabajo para asegurar la eficiencia de éste. (Véase la Ponencia debatida en la Asamblea de Murcia, en 1922, titulada «La Jornada Escolar», y de la que fué ponente don Gerardo Rodríguez. Pídase ésta a la Asociación Nacional del Magisterio: Plaza del Angel, 3, Madrid.)

(2) Tanto como descubrir el Mediterráneo sería presentar como novedad eso de los turnos dobles de maestros y la sesión única para los escolares, con el fin de cuadruplicar las escuelas que pueden funcionar en el mismo local. La cosa está ya ensayada y acreditada por sus resultados positivos. Véase el cuadro de trabajo que ofrece la escuela Meredo, de Montevideo, en el Uruguay, país de nuestro mismo idioma, raza y clima.

HORARIO DEL PRIMER TURNO DE PROFESORES MAÑANA

Clases para párvulos.—Edad, de cuatro a seis años.—HORAS: De nueve a doce, con uno o dos intervalos, de cuarenta y cinco minutos en total, para juegos al aire libre, gimnasia y canto.

turnos de éstos y dando horas para que puedan preparar bien su trabajo y reponerse de la fatiga producida por cada sesión.

Hay que reducir a un *mínimum* prudencial las interrupciones por vacación, con lo que, al totalizar el año, quedar pueden compensadas con creces las horas que se reduzcan por la sesión única en la jornada actual.

Debe limitarse a un total, que no exceda de lo que humanamente se puede atender, el número de niños matriculados en cada clase, y tener previsto con maestros suplentes en relación al número de cursos que se den en cada grupo, el caso muy probable de baja por enfermedad o ausencia justificada.

Las cantinas, roperos, bibliotecas, salas de trabajo espontáneo y libre, conferencias vulgarizadoras, registros escolares, duchas, coros infantiles, la gimnasia y los deportes, exigen maestros y maestras a su servicio dedicados, sin que pueda sobrecargarse con su atención el horario de los que tuvieren que desempeñar clase.

Es indispensable que los pueblos se den cuenta de que la población infantil tiene también sus exigencias como cualquier otra parte de la población, para lo cual corresponde, y será de ellos obligación crear glorietas y parques infantiles, con los indispensables cobertizos para juegos, expansión y actividad libre de los muchachos.

Hay que pensar que no ha de ser la escuela el único centro de educación, entretenimiento y estancia de los chiquillos, a los que, como servicio público, hay que dar, no solamente espacio para sus juegos, sino altos e indispensables recreos con que cultivar su espíritu, como el teatro, el cine, los coros, la música

Clases para niños de cursos medios.—Edad, de seis a nueve años.—HORAS : De ocho y media a doce y media, con dos intervalos para juegos, canto y gimnasia al aire libre, de cuarenta minutos en total.

Clases para niños mayores.—Edad, de diez a trece años.—HORAS : De ocho en punto a doce y media, con uno o dos intervalos, de cuarenta y cinco minutos en total, para juegos, canto y gimnasia al aire libre.

HORARIO DEL SEGUNDO TURNO DE PROFESORES

TARDE

Alumnos diferentes a los de por la mañana. Edades e intervalos para juegos, gimnasia y canto, idénticos, según sus cursos.

Clases de párvulos.—HORAS : De dos a cinco.

Clases para niños de cursos medios.—HORAS : De una y media a cinco y media.

Clases para niños mayores.—HORAS : De una y media a seis.

ADVERTENCIA.—Los niños y niñas que corresponden al turno de la tarde reciben la comida, en la cantina escolar, a las once de la mañana, aconsejándose esa hora para la comida del mediodía a los profesores del segundo turno y a los muchachos no beneficiados por la cantina de la escuela.

NOCHE

PRIMER TURNO DE PROFESORES

Cursos de repasos y especiales para analfabetos.—Edad, de trece a diecisiete años. De concurrencia obligada para cuantos salieron de la escuela sin la cultura primaria indispensable, hasta que llegan a obtener el certificado.—HORAS : De seis y media a ocho.

SEGUNDO TURNO DE PROFESORES

Cursos para adultos, preferentes para analfabetos.—Edad corrientete, de quince a veinticinco años. Asistencia estimulada con recursos diferentes, que aportan el Estado y la Municipalidad.—HORAS : De ocho y media a diez.

NOTA.—Las clases nocturnas duran seis meses cada año, aprovechando la época de las veladas más largas. Los profesores que desempeñan esas clases cobran como extraordinarias esas horas de jornada, aplicándose a su pago el mismo criterio que rige para las jornadas extraordinarias de los obreros. Es prohibido atender a esas clases a los maestros que no sean autorizados por la inspección sanitaria. Esas clases, como todas las de la escuela, son graduadas, y para subsistir necesitan un promedio de asistencia de treinta alumnos.

y las visitas a museos, que no pueden hacer hoy sin producir mayor cansancio a maestros, agotados por la jornada de clase, con la que cumplen y basta.

¿Que cuesta eso dinero? ¿Y acaso no lo pagamos todos? ¿Acaso no se gasta mucho más en cosas que sólo a los que mandan aprovechan y de las cuales bien pudiéramos privarles?

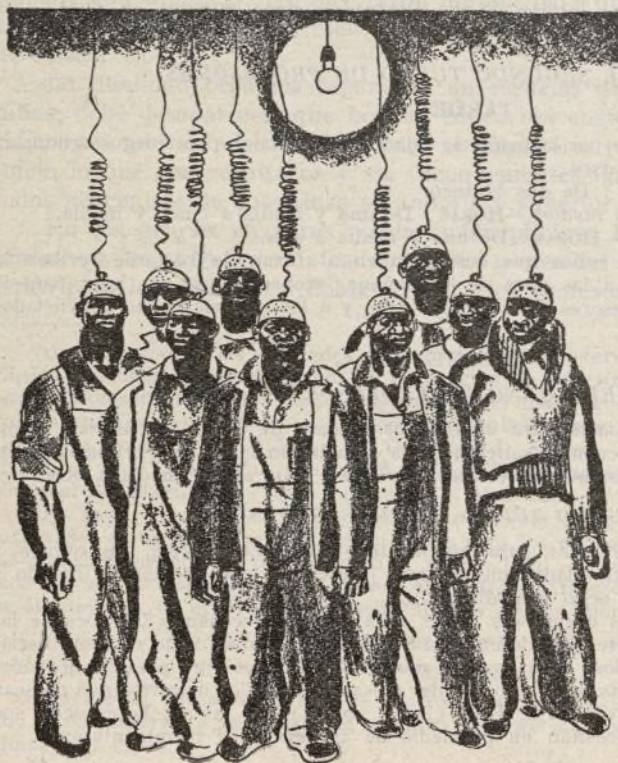
Sentido pedagógico, que no es más que sentido humano, hay que reclamar en los que ya mandan por nuestro voto.

Justicia, reivindicación de derechos de nuestros hijos al defender la vida de los obreros de la escuela es lo que tenemos que imponer en el Departamento de Instrucción Pública, pese a quien pese y caiga quien caiga.

Mas para ello conviene que nos orientemos, y, en esta fiesta de solidaridad, hagamos que no queden olvidadas las reivindicaciones de la prole, que son las mismas de los proletarios consagrados a la obra de educación y enseñanza.

Para terminar, y en justificación de no habernos ocupado del trabajo en otras ramas de la función docente, diremos que, mientras no se establezca por la gratuidad —principio fundamental de la escuela unificada— el acceso de los que sean más capaces, y no de los más ricos, a todos los grados de la enseñanza, ni los institutos, ni las escuelas especiales, ni las facultades universitarias interesan a los trabajadores, como no sea para asaltarlos y dar fin a los privilegios de una clase social que siempre, siempre nos escamoteó la cultura para no perder su situación de dirigente, desde la cual nos explota y deprime.

Julio Noguera



La silla eléctrica para 9 obreros negros

Ante la protesta internacional se va a revisar la causa seguida contra estos jóvenes negros que no cometieron otro delito que el de viajar en el mismo tren que unos agresores blancos.

En último caso, la condena de estos obreros negros es tan horrible que sobrepasa la culpabilidad. El juicio de Scottborough no es más que una forma de linchamiento, al que la ley le presta una perfección siniestra.

Este crimen, como el perpetrado con los dos obreros italianos Sacco y Vanzetti, revela la crueldad del «paraíso americano», en donde predomina la célebre Trinidad del Dólar, de la Biblia y de la Silla eléctrica.

Hay que evitar que se realice este nuevo atentado de lesa humanidad...

El valor de los bienes y del trabajo

(Conclusión)

MARX no ha comprendido nunca la naturaleza del valor de uso. Ha reconocido, es cierto, que los valores de uso forman la *materia de la riqueza*, pero siempre los ha tratado como simples *soportes materiales del valor de cambio* (*die stofflichen Träger des Tauschwerths*: *El Capital*, cap. I, pág. 3); casi como si hubiera tratado al individuo Marx como de simple «soporte material de un sistema económico».

Marx no ha puesto una suficiente atención en la influencia que los soportes materiales del valor de cambio ejercen sobre el mismo. Sólo por esta negligencia ha podido crear su teoría del valor de trabajo, pretendiendo que las cantidades iguales de trabajo humano, socialmente necesario, tienen el mismo valor de cambio, cuando son simplemente reconocidas en general, por la sociedad, como trabajo «útil».

Desgraciadamente para la teoría marxista, la Naturaleza y la sociedad humana no permiten la tranquila «abstracción» del valor práctico de las riquezas.

En el mercado de forrajes, raramente se preocupan de saber si el heno proviene de una pradera natural o de un prado cultivado; e igualmente en el negocio de maderas no interesa el detalle de que la madera en trato se cortó en un bosque o un parque de recreo. Solamente se considera la calidad técnica de la mercancía. Aquí aparece la influencia que el valor de uso ejerce sobre el valor de cambio y el precio de venta; y nos debe parecer perfectamente natural que las mercancías que representan cantidades desiguales de trabajo humano puedan ser consideradas como equivalentes.

La producción de un tonel del vinillo más ordinario exige siempre un gasto que va a cargo del consumidor cuando este vino tenga suficiente valor de uso para que haya quien lo adquiera. Si, por otra parte, un tonel de vino bueno de Champagne tiene los mismos gastos que el tonel de vinillo solamente, el valor de uso y el precio del caldo mejor serán, sin embargo, muy superiores a la simple suma que representan los gastos de producción.

En estas condiciones, no hay que extrañarse de que, desde mediados del siglo XIX, diversas escuelas de economistas se hayan levantado contra la teoría clásica de Smith —Ricardo— Marx. Todas estas escuelas llevan un carácter fuertemente *subjetivista*; sus representantes no toman bastante en consideración el lado objetivo de la producción y del cambio y buscan, en definitiva, en las estimaciones subjetivas del valor de los bienes de compradores y vendedores, las bases de los precios de venta. Aquí se trata de un rasgo verdaderamente característico de esta escuela. Böhm-Bawerk, dice: «Lo que es más importante aún es que el precio es, desde el principio al fin, el producto de evaluaciones subjetivas.» (*Kapital und Kapitalzins*, tomo II, libro III, cap. II, 3.^a edic., *Innsbruck*, 1912, página 395.). «Podemos, pues, en buen derecho, calificar el precio como resultado de las evaluaciones personales de la mercancía y de la mercancía numeraria, tales como estas evaluaciones se encuentren sobre el mercado.» (Obra citada, página 376.). Véase también a W. Stanley Jevons en *The Theory of Political Economy*, cap. III: «Sobre esta base compleja de bajas necesidades y altas aspiraciones debe el economista edificar la teoría de la producción y el consumo.» Esta opinión del profesor T. E. Banfield es aceptada por Jevons como suya. (Jevons, obra citada, edic. 1888, pág. 42; trad. franc., pág. 102.). Todos hablan, pues, de la *utilidad* particular de cada cosa, también del trabajo, para fundar una teoría general del valor de la riqueza y del salario obrero.

Puédese ya contar entre ellos, si se quiere, al alemán Joh H. von Thünen (1783-1850), pero sobre todo entre los antiguos al economista alemán H. H. Gossen, y más tarde, a Jevons y Marshall, de la escuela inglesa; Karl Menger, Von Wieser, Böhm-Bawerk y Schumpeter, de la escuela austríaca; León Walras, de la escuela suizofrancesa, y, en fin, toda una escuela americana más reciente, representada por John B. Clark, Francis A. Walker, Carcer y Seligman, etcétera. He aquí una serie de economistas que podemos considerar, más o menos, como la representación de la Economía oficial contemporánea, tal como se enseña con preferencia en las Universidades.

En efecto, para los industriales, comerciantes, financieros, etc., esta teoría tiene la gran ventaja de afirmar que el valor y el precio de todos los productos y de los servicios todos, dependen únicamente de la *utilidad* que estos servicios y productos representan; el salario del obrero, exclusivamente de la *utilidad* de su trabajo, y el beneficio de empresa, de la *alta dirección* del patrono. Todos los *utilitaristas* olvidan fácilmente que los artículos de consumo, en la sociedad actual, son generalmente *productos para el mercado*, que ordinariamente no tienen un valor de uso para sus productores y que lo mismo ocurre en la cuestión de los servicios. Todos quieren hacernos creer que en el mercado moderno se encuentra una legión de personas, todas ellas con la idea de una *utilidad límite* de la mercancía ofrecida o demandada (Le *Grenznutzen*, de Böhm-Bawerk; el *final degree of utility*, de Stanley Jevons; la *marginal productivity* o *marginal utility*, de Marshall).

El cambio mismo, suponen, será hecho económicamente posible cuando dos personas diferentes hayan evaluado las mercancías que llevan al mercado —productos o trabajo— de otra manera y en un sentido inverso.

Desde el principio al fin, sus exposiciones recuerdan las condiciones *precapitalistas* de producción, en la época en que los hombres producían para su propio uso, no llevando al mercado más que los únicos artículos que tenían en exceso y a los que atribuían, por consiguiente, una *utilidad límite* menor que a las cantidades consumidas por ellos mismos. Sin embargo, el obrero asalariado de nuestros días, que trabaja en su oficio de tapicero, puliendo diamantes o manejando el martillo-pilón de vapor, no puede ser considerado como poseedor de una superabundancia de las mercancías que produce, a las que asigna, por consecuencia, una *utilidad límite* menor.

Esta teoría, que no tiene aplicación posible para los productores inmediatos en nuestra vida social, para los obreros asalariados modernos, es igualmente falsa con respecto a los capitalistas emprendedores de nuestro tiempo.

Imaginar que el accionista de una compañía ferroviaria, los propietarios de un taller de diamantistas, de una fábrica de tejidos o de una fundición, son personas que, eventualmente, producen más mercancías de las que exigen sus propias necesidades —de forma que, al encontrarse disminuída la *utilidad límite* de sus productos, desean enviarlos al mercado—, es una idea bien cándida.

Sólo por un desconocimiento perfecto de las bases de la vida social en nuestros días han podido llegar, los representantes de la teoría utilitaria, a atreverse a exponer las transacciones entre consumidores y productores de la manera que lo han hecho.

Cuando se examina de cerca la teoría —tanto de la escuela austríaca como de las escuelas francesa y angloamericana— se llega, en definitiva, a la anticuada teoría de la *oferta y la demanda*. En la obra de Böhm-Bawerk, por ejemplo, después de la exposición entera de la teoría del *Grenznutzen*, leemos: «*El precio del mercado se fija en la misma zona en que la oferta y la demanda se equilibran en cantidad.*» (Véase Böhm-Bawerk, obra citada, tomo II, libro III, cap. II, página 391.)

Esto nos obliga aún a ocuparnos de la *ley de la oferta y la demanda*, expli-

cación de los fenómenos del mercado por la economía vulgar, tan conocida desde Stuart Mill y que frecuente aún en nuestros días las imaginaciones de muchos economistas oficiales.

Cuando se pregunta a estos economistas lo que quiere decir exactamente esta pretendida *ley*, contestan, de ordinario, con una primera fórmula de las más vagas: «El valor y el precio de mercado se fijan según la oferta y la demanda.» «Los salarios de los obreros se fijan de la misma manera.» Si se les objeta, haciendo observar que la expresión *se fija* deja en la incertidumbre sobre lo exacto de esta *reglamentación* y sobre sus límites, la respuesta es, a menudo, formulada de una forma más precisa: «El valor y precio de las mercancías, así como los salarios obreros, son *determinados* por la relación de la oferta y la demanda de las mercancías o del trabajo.» Después, como buen argumento, en lo que concierne al trabajo, acostumbran reeditar la fórmula atribuida a Cobden: «Los salarios suben cuando dos patronos corren tras de un obrero y bajan cuando dos obreros corren tras de un patrono.»

Todo esto va bien cuando se trata de explicar el *alza* o la *baja* de los salarios o los precios. Pero *alza* y *baja* no se aplican más que a las *variaciones* de los salarios y precios.

Carlos Marx ha explicado muy bien esta idea en los siguientes términos: «Cuando el equilibrio se establece entre la oferta y la demanda, quedando en el mismo estado las otras condiciones, desaparece la fluctuación de los precios. Pero entonces, la oferta y la demanda cesan también de explicar lo que ellas puedan ser.» (Karl Marx *Das Kapital*, tomo I, cap. XVII, pág. 549, o traducción francesa Molitor, tomo III, pág. 237.)

Volvamos al ejemplo del salario y supongamos que, en un país cualquiera y durante un período determinado, el número de carpinteros que se ofrecen para la construcción de barcos ha sido de 10.000, y que, durante el mismo período, la demanda de carpinteros de la misma especialidad ha sido igualmente de 10.000; de suerte que aquí *la oferta y la demanda son equivalentes*. Oferta : Demanda = 10.000 carpinteros de rivera : 10.000 carpinteros de rivera = 1 : 1.

¿Qué se sabe de la naturaleza del salario y de su determinación cuando se ha averiguado que su tarifa *se ajusta o es fijada por* la relación de 1 : 1?

Nada. Y la ignorancia con respecto a la naturaleza y la determinación del salario sería la misma que si, en un momento dado, solamente ofrecieran sus brazos 10.000 carpinteros de rivera cuando hicieran falta 20.000, de manera que la relación sería de 1 : 2, o, al contrario, si, en otro momento, se ofrecieran 20.000 carpinteros cuando solamente se necesitaban 10.000, la relación sería entonces de 2 : 1.

Para saber por qué, en un momento dado, el precio de una mercancía o de una categoría determinada de trabajo alcanza, en el mercado, una cierta suma de dinero, no es suficiente averiguar las *variaciones* a las que están sujetos estos precios. Hay que investigar la naturaleza y el valor específico de la mercancía o del trabajo en cuestión.

Después de esta digresión, volvamos a los economistas utilitaristas. Por diferentes que hayan sido las maneras como han expuesto la aplicación de los principios de la *utilidad*, sus teorías se basan todas de un mismo error, pues se conforman con una simple fórmula, cuando elaboran todo un sistema de evaluaciones de la *utilidad* o la *desventaja*, y, tanto del lado de los compradores como del de los vendedores de las mercancías o del trabajo, su teoría general se reduce siempre a la asimilación y a la identificación del *valor objetivo* (*valor de cambio* o *valor de cuenta*) con el *valor de uso*. El *servicio* que rinden las mercancías y el trabajo a otras personas es confundido con el valor de cambio de las mercancías o del trabajo.

Después de esta ojeada general y la crítica precedente, importa exponer, tan ampliamente como sea posible, nuestras conclusiones sobre el valor objetivo de las mercancías y el trabajo.

El *costo* de producción o de reproducción de las riquezas o del trabajo, de una parte, y su aptitud a ser utilizada por el que las adquiere, contienen en conjunto los factores que deciden las cantidades en que riquezas o trabajo serán evaluados como equivalentes en el mercado.

Distinguimos, pues, en el cambio de las mercancías o del trabajo en la sociedad capitalista, dos tendencias diferentes que, hasta algunas veces, se oponen categóricamente una a otra: La tendencia del valor de cambio a coincidir con el valor de producción o, por otra parte, con el valor de uso.

La teoría que explique a fondo el problema del valor y del precio debe, pues, necesariamente dar una *síntesis* de las dos grandes teorías corrientes: La *teoría del costo de producción* y la *teoría utilitaria*.

No podemos procurarnos todos los artículos de consumo tan fácilmente como el aire que respiramos, y aun este mismo aire, como decía el filósofo Hegel, lo hemos de calentar en nuestro pecho, es decir, lo hemos de ganar por nuestro esfuerzo. La materia es rebelde y no se nos ha sometido en absoluto. Las materias elementales deben ser apropiadas, manipuladas y transformadas generalmente, antes de poder ser utilizadas por el hombre en una forma cualquiera. Solamente con el trabajo obtienen las primeras materias un valor de uso, y con éste, un valor de cambio.

La tendencia a evaluar los bienes según su valor de producción, es decir, según su costo de adquisición, debía, pues, necesariamente, nacer entre los hombres, y ella estará también en toda forma de sociedad, así como también en una sociedad comunista libertaria. El trabajo como costo de adquisición es el elemento real, con el cual el hombre colabora a la creación de riquezas, y es evidente que, en la mayor parte de los casos, este elemento tendrá siempre una influencia decisiva sobre su evaluación objetiva.

Sin embargo, aunque el trabajo sea el único elemento que el hombre puede aportar para la creación de riquezas y que, por consiguiente —siendo este trabajo considerado generalmente como un sacrificio de fuerza vital y de libertad— los hombres se vean siempre inclinados a basar el valor de las riquezas en su valor de producción, en definitiva se asignará un valor a un artículo de consumo o un trabajo cualesquiera, por lo que este artículo o trabajo pueda servir a la satisfacción de nuestras necesidades o deseos. En ello está hasta la única razón por la que queremos adquirir el artículo y por la que se pide el trabajo en cuestión.

Si dos riquezas diferentes o —lo que es más evidente aún— si dos cantidades de una misma riqueza son necesariamente producidas con el mismo costo, únicamente nos veremos inclinados a tratarlas como equivalentes cuando las consideremos también como equivalentes desde el punto de vista del consumo. Lo mismo ocurrirá con dos cantidades de trabajo.

Por otra parte, cuando dos productos parecen tener el mismo valor de uso aún sentimos la tendencia a considerarlos como equivalentes, cambiando un producto por el otro, a pesar de la diferencia eventual que pueda existir en su costo de producción inevitable.

Este juicio se impondrá, de nuevo, en toda forma de sociedad y perdurará por tanto tiempo como el hombre continúe siendo hombre, es decir, un ser guiado por un espíritu crítico.

Christian Cornelissen

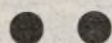
París.

El desnudismo y la nueva moral

CANSADO de los placeres nocturnos, alcoholes, drogas y mujeres —de esa aplastante monotonía—, un elegante parisién marcha con unos amigos a Alemania. Franqueado el Rin, los excursionistas observan enseguida el éxodo de los ciudadanos hacia el campo y aperciben las Wandervoegel, esas agrupaciones de la juventud, que se lanzan en plena Naturaleza, recorren las carreteras y acampan en los claros de los bosques. Y, un hermoso día, en las pendientes del Taunus, donde un vasto horizonte descubre el valle vaporoso del Main, los turistas ven corretear por la hierba a hombres y mujeres jóvenes enteramente desnudos.

La curiosidad, la atracción de la aventura, empujan al aburrido viajero a despojarse de sus vestiduras y a mezclarse en los juegos de aquella juventud. Bien pronto es conquistado. Dejando a sus amigos volver solos a París, prolonga su estancia en Alemania y se abandona alegremente al desnudismo. Ya no le satisface un contacto bastante prolongado con los Wandervoegel; parte hacia Berlín, visita los campamentos desnudistas más diferentes y discute con los teóricos del movimiento. Cuando llegue el momento de volver a París, no dejará sin melancolía la vida al aire libre y la libertad que ha disfrutado, que, al desembarazarle de las vestiduras, abolió en él muchos de los convencionalismos de la vida cotidiana.

Esta es la historia que nos relata Simone May, en su novela *Nudité*. Este libro es mucho más reportaje que novela; aunque sea muy ligero el ropaje novelesco con que adornó el tema, molesta, en cierto aspecto, al movimiento. Pero aquí la intriga importa poco; estamos en presencia de una investigación y es ella tan sólo, y no su forma, lo que nos interesa.



En las primeras páginas del libro, un alemán explica a los viajeros lo que son los Wandervoegel. «Nuestra gente joven, agrupada por su amor a los viajes, a las exploraciones, forman una asociación. Desde la edad de diez o doce años, los niños hacen excursiones los domingos, a su libre albedrío. No se impone uniforme alguno, sólo se busca en el vestido la máxima libertad para los miembros y no existen grados, disciplina ni preparación militar. El único objeto perseguido es recorrer el país, saborear el placer del aire libre y de la vida errante. Los Wandervoegel recorren así toda Alemania y, a veces, hasta se van al extranjero. Limitan sus necesidades, viven a salto de mata, no consumen alcoholes ni tabaco, y, en muchos aspectos, son vegetarianos.» Antigua tradición de la juventud alemana, esta pasión no tendría nada particularmente notable, si no hubiera tomado un desarrollo extraordinario después de la guerra. Las Wandervoegel, jóvenes guardias socialistas, gastadores comunistas, estudiantes nacionalistas, plantan sus tiendas y enarbolan sus banderines lejos de las ciudades humeantes y viven en plena Naturaleza una existencia sana y libre.



Pero he aquí que a este romanticismo de la Naturaleza y al culto deportista de los ejercicios corporales se junta, hace algunos años, un movimiento que ha

tomado el nombre de desnudismo. Parece que hoy cuenta con trescientos mil adeptos en Alemania, y que se va esparciendo por Francia y otros países. Hombres, mujeres, niños, se reúnen en los campos al aire libre o en propiedades rodeadas de altas cercas, y al abrigo de miradas malsanas, viven desnudos al sol, practican los juegos del balón y la cultura física. Los desnudistas añaden a los cuidados de la salud corporal los de la salud del alma, pues la revelación pública de los misterios del cuerpo debe de suprimir toda idea inmoral. El teórico Schmitt explica al francés recientemente convertido: «Mientras subsista el menor velo, estáis sometidos a las prohibiciones del pudor, de las conveniencias, de los prejuicios morales. El desnudo integral es la abolición de la barrera convencional entre los sexos, la desintoxicación del espíritu... Si usted practica el desnudismo estando solo, usted ignora todo su alcance social. Su cuerpo se le hará familiar, pero es la comparecencia ante los otros lo que constituye la prueba de su pureza mental.» Sin embargo, si el francés se entrega al desnudismo por amor al deporte o, bien, por gusto estético, no es muy sensible a estos argumentos morales; hay algo, muy profundo en él, que se debate contra la fría lógica de este razonamiento: «En mi interior también soy hombre; he virado en redondo desde que llegué aquí. Lancé lejos de mí el pesado bagaje de las ideas falsas y los prejuicios... Ciertamente, si el vestido tiene influencias sobre la mentalidad —y esto está demostrado— el desnudismo también las tiene; me parece que mentiré con menor facilidad. Sólo una cosa me inquieta, y es: el saber cómo estará formada la mujer que ahora me hará soñar su cuerpo.»



Simone Ma y parece estar persuadida de que la práctica del desnudismo crea una nueva moral y, con los teóricos de la vida al aire libre, parece creer que una moral nueva ha de nacer, porque trescientos mil alemanes han vencido los convencionalismos del pudor; no se pregunta si, en vez de ser una causa, el desnudismo es un efecto.

Cuando se observa la Alemania de nuestros días, no por detrás de las vallas, sino en la actividad cotidiana de sus ciudades, el desnudismo no aparece ya como un curioso hecho aislado, sino como uno de los aspectos de la trans-



formación de las costumbres; actualmente estamos ya bien lejos de la Alemania romántica, sentimental y piadosa. La demografía nos demuestra, por la curva descendente de los nacimientos, el aceleramiento, en los años de la postguerra, de una evolución comenzada ya con los progresos de la industrialización del país. Contra los 26'9 nacimientos por 1.000 habitantes en 1913, no habían más que 18'6 en 1928; en 1927, ya la fecundidad alemana no era más que la mitad de lo que fué en 1880. Entre 1913 y 1927, el número de divorcios casi se ha duplicado. Una investigación reciente demuestra que el promedio de niños por familia era de cuatro, a finales del pasado siglo, viéndose ahora reducido a dos, y que el tipo que domina en la actualidad es la familia sin hijos. La educación sexual, la propaganda anticoncepcional se practican en una vasta escala; a pesar de la ley, se ejecutan gran número de abortos diariamente. Cuando, recientemente, el doctor Friedrich Wolff fué detenido por maniobras abortivas, un fuerte movimiento de opinión levantó a la clase obrera y a una gran parte de la burguesía, en favor de la abolición del artículo 218 del Código penal. Todo esto se comprende; son otras tantas de las manifestaciones de la transformación de las costumbres, que se acentúa de día en día.

Esta transformación de las costumbres está asimismo sujeta a una transformación de todos los aspectos de la vida social. Antes que el desnudista abandonara sus vestidos, el arquitecto había renunciado al macizo decorado de la época imperial, para adoptar la desnudez de las superficies planas y la sencillez de la línea recta. En la literatura, la novela psicológica o de imaginación es rechazada por el reportaje, la biografía, el «documento de época»; hemos entrado en una era de «*Neue Sachlichkeit*» (nuevo positivismo), de objetividad desnuda que se despoja de todo romanticismo y toda sentimentalidad. La ciencia y la organización suprimen por doquier el gesto superfluo, el pensamiento parásito. Es la racionalización de las fábricas, de los despachos. La producción, y con ella toda la vida colectiva, está presa en un implacable engranaje lógico y racional. Cerebros y cuerpos son presa de la eficiencia.

Es cierto que, en su aspecto moral, el desnudismo contribuye al derrumbamiento de ciertos prejuicios y determinados convencionalismos; pero nos parece que está impregnado del espíritu de la «*Neue Sachlichkeit*», que todo lo reduce a utilidad, trata la vida según fórmulas químicas y abule los misterios, los impulsos, las pasiones; van a matar la carne para vivificar el cuerpo.

Vivificar el cuerpo: he ahí el aspecto físico del fenómeno, no solamente del desnudismo, sino del conjunto del movimiento naturista y del deporte mismo. La influencia del gran capitalismo y de la racionalización aparece, en Alemania, mucho más directa y más visible. El héroe de Simone May, encuentra en los campamentos desnudistas gentes llevadas allí por un verdadero instinto de conservación. «Un químico se imponía este retorno a la Naturaleza para restablecer el equilibrio entre el cerebro, sobreexcitado por sus trabajos, y el cuerpo, que no vivía lo bastante.»

«Con las vestiduras caen las mentiras sociales...» «El baño de sol había quedado casi abandonado hasta la hora de cerrar las oficinas y las tiendas. Numerosos trabajadores venían ahora a disfrutar una hermosa tarde de verano, a oxigenarse a plenos pulmones, a vivificar la piel entera, tomando su revancha en los juegos deportivos de las horas de inmovilidad sufridas.» «Entonces, se tendían bajo los árboles, refrescados, vigorizados, despojados de sus preocupaciones y de su esclavitud social.»

Por una parte, el baño de oxígeno y de sol destinado a restablecer el equilibrio en el ser. La Alemania industrial se anexiona la campiña para convertir la fiesta semanal en el taller de reparación de sus brazos auxiliares. Por la otra parte, el obrero que trabaja en serie, el empleado de banca, la vendedora de gran tienda, el modesto comerciante mismo, que no es a menudo más que un empleado al servicio de un gran almacenista; todos los que a todas horas del día se sienten uncidos al yugo de la racionalización, toman apasionadamente su revancha. Por un día escapan a la opresión, dejan de obedecer ciegamente, mandan en sus propios gestos, los comprenden y los pueden apreciar. Se despojan de sus preocupaciones, de su esclavitud social y se convierten por un día en sus propios soberanos, con el gozo primitivo de encender una hoguera en el claro de un bosque.

Es la revancha del individualismo contra todas las formas de opresión que sufre, contra ese colectivismo de hormiguero: la fábrica, la oficina, la tienda, la ciudad capitalista racionalizada.

Reacción sin esperanza, pues hay bien pronto que acudir pasivamente al puesto, en la cadena sin fin de la producción.

A. Habaru

M. Hoover estrecha la mano a un veterano de St. Mihiel.

—¡Hola, querido muchacho! Dejemos que Europa se desenrede sus asuntos.

—Sin rencor, Presidente: ¿No hubierais podido decírmelo más pronto?

(En el círculo: La sonrisa tan maternal de la señora Hoover.)



Procedimientos tradicionales



1 La Edad Media, considerada como la época más altamente espiritual, no imaginaba al malestar económico como causa de todos los delitos y aberraciones, sino que creía ver *en el afán de la carne, en el espíritu del diablo*, el origen de todos los males. Este mismo concepto medieval existe hoy en el fondo de la ideología de todas las corrientes fascistas modernas.

2 Castigos y ejecuciones en la Edad Media. La tortura equivalía en tiempo antiguo a la salvación del alma. Cuanto más se castigaba al cuerpo pecador, tanto mejor iba el alma, según la misma opinión de la Iglesia, que decía al condenado: *Aunque has sufrido, la pena será de provecho para tí y debes soportarla resignado.*

3 El Tribunal Supremo acuerda prender a un sospechoso, hasta que se decida a confesar; actualmente eso se llama *prisión preventiva*.



4 Sistemas de investigación de la Edad Media que, según dicen, *ya no se emplean* en el Siglo de la Civilización. Véanse los estados fascistas de los Balkanes: allí todavía se consiguen confesiones de esta forma.



5 A la vista de los métodos de justicia de la Edad Media, muchos de nuestros lectores habrán recordado los procedimientos de represión ejercidos por la policía social-fascista de todas las naciones. En sus ansias por reinar, los socialfascistas no olvidan de incluir en su programa todo un método de refinamientos represivos... No sería raro que llegasen a superar a los Padres de la Iglesia al frente de la Santa Inquisición. Sólo la voluntad del proletariado llevará a buen fin la lucha contra el fascismo odioso.



Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

Apuntes y notas

II

DISUELTA la Confederación Obrera Regional Española, nombre con que se conoció en nuestro país la organización filial de la primitiva Asociación Internacional de los Trabajadores, comienza para los organismos de tendencia antiautoritaria una era de dificultades difíciles de vencer, superadas sólo gracias al arrojo, a la actividad y al espíritu de sacrificio de aquellos abnegados luchadores. Sin embargo, las huellas de su actuación han quedado impresas en la historia como pruebas indelebles del amor que sentían por la causa de los trabajadores.

No obstante los sacrificios que estos precursores nuestros realizaron, ha de reconocerse que el radio de acción, el alcance de la influencia de sus actividades en los medios obreros, fué limitado. Chocaban con graves inconvenientes. El espíritu individualista de los trabajadores de la región donde más probabilidades podían ofrecérseles por la industrialización alcanzada, elemento indispensable para la propaganda social en aquellos períodos históricos, y la ignorancia e incultura en las demás. Cataluña, Andalucía y Vizcaya eran las tres regiones de España que podían ofrecer mejor terreno para la siembra de ideales; pero las tres se hallaban, como aún se hallan en parte hoy, bajo la influencia de los casos que más arriba señalamos.

Posiblemente que en ninguno de los países donde llegaron los emisarios de la Primera Internacional se les ofrecieron elementos tan complejos en la psicología y condiciones del país como se les ofrecían en el nuestro. Pero, a fuerza de trabajo, sacrificios y actividades, las ideas que ellos trajeron aquí terminaron por imponerse.

No obstante las dificultades señaladas, la idea de organización toma cuerpo y arraiga. Los trabajadores la aceptan y comienzan a trabajar por ella. ¿Cómo?

Sería del más alto valor social un estudio histórico y crítico de las organizaciones obreras o semiobreras que había en España en aquel tiempo, y del estado de cultura de las clases obreras en el período que aquí llegaron los emisarios de la Internacional a comenzar su obra proselitista. Y sería más interesante, porque un estudio así nos llevaría al conocimiento exacto, no sólo de la situación del trabajador, de cómo sentía la organización, de cuáles eran sus ideas con respecto a ella, sino que tendría otro valor más digno de aprecio: explicarnos cosas sucedidas posteriormente. Porque hay una realidad que desconocemos en parte: la de que al llegar los emisarios de la Primera Internacional a España se encontraron con que en nuestro país había una organización en algunas regiones, y que había, además, una parte de la clase trabajadora española, una minoría, cierto es, pero una minoría importante en aquellos momentos, que estaba fuertemente impregnada de las corrientes sociales que en Europa se debatían acaloradamente y con empeño.

¿Quiénes eran estos obreros y cómo habían adquirido el conocimiento de aquellas ideas? He aquí lo que hasta ahora no se ha explicado a la clase obrera española y que todos ignoramos en conjunto, aunque conozcamos alguna de sus peculiaridades.

Conocidos son los nombres de algunos de aquellos precursores nuestros, así como las razones por las cuales habían adquirido conocimiento de las ideas en

boga en casi todos los países. Las persecuciones «fernandinas», o sea, del nombre con que se caracterizó el reaccionarismo español de toda la primera mitad del siglo pasado, fueron el vehículo que acarrió a la península Ibérica los primeros fermentos de las utopías a lo Saint-Simon, y a lo Fourier, así como más tarde trajeron también las ideas de los positivistas, como Proudhon, Marx y Bakunine.

Sería, pues, repetimos, muy interesante conocer ese período histórico lo más completamente posible, pues conociéndolo mejor que hoy se le conoce, tendríamos los elementos de juicio de que ahora carecemos para enjuiciarlo con entero conocimiento de causa. Pero como no ha sido hecha esa historia, ni apenas iniciada la crítica de ese período, esperemos que alguien la haga algún día, mientras nosotros vamos aportando materiales y buscando datos que nos permita hacer y estudiar la historia de nuestro tiempo, la contemporánea y actual.

● ●

Termina A. Lorenzo su segunda parte de *El Proletariado Militante* con estas palabras: «...preparando mis materiales para un tercer volumen, que empezará con el Manifiesto de febrero del 86, que expondrá...» Y termina M. Buenacasa su libro relatando hechos acaecidos en el año 1923.

¿Pero no puede decirse nada más del período histórico que va desde el año 1886 hasta el año 1923, que lo dicho por Buenacasa en su libro? ¿Puede enterarse un período tan fecundo en luchas sociales en las trescientas páginas que el libro tiene? No sólo es insuficiente dicho libro para historiar ese período, dejando aparte que le concedamos un valor, más que relativo, negativo totalmente, por la forma y deficiencia con que están historiados los acontecimientos, sino que ni aun en el caso contrario, aunque fuese del más alto valor como libro histórico, sería suficiente. En tan reducido número de páginas ni siquiera el índice de los acontecimientos más notables caben.

Cabe, pues, señalar a la consideración de quienes lean y se preocupen de estos hechos los sucedidos entonces, para que comprendan mejor los que sucedieron después. Y vamos a hacerlo sin ánimo de agotar el tema. Apenas si pretendemos enunciar los casos, sin más pretensión que incitar a que se estudien.

Un hecho interesante a señalar es el período terrorista con que finaliza el siglo XIX.

Son varias las poblaciones españolas donde el terrorismo sienta sus reales. Pero es Barcelona la ciudad que, según los literatos, se mira en la saguas claras del Mediterráneo, donde los casos de terrorismo más visible tienen lugar. El atentado de Pallás; la bomba de Cambios Nuevos y la sistematización del terrorismo, con la colocación de bombas en todas partes por la familia Rull, que sembraban el pánico en la capital, son el broche más destacado. Hay, también, fuera de Barcelona, el famoso proceso de la «Mano Negra», en Jerez. Pero si bien este proceso cae dentro del marco de los llamados gestos terroristas sociales, su forma peculiarísima lo aparta un tanto de lo que fueron los demás.

En la «Mano Negra» hay reminiscencias de carbonarismo y mucho del nihilismo ruso. Los que tal proceso urdieron estaban, sin duda, fuertemente influenciados de literatura rocambolesca, o algo muy parecido. No obstante, este famoso proceso fué dirigido contra las ideas de emancipación social que comenzaban a manifestarse entonces entre los trabajadores españoles, aunque más particularmente entre el campesino andaluz. Se quería dar el golpe de gracia, la puntilla, a todo aquello. Y la ingenuidad de aquellos trabajadores, fuertemente influenciados por las ideas de justicia social, sirvió a maravilla los planes de los victimarios. La protesta de los campesinos de Jerez fué la base del proceso urdido en los calabozos de las Comisarías de Policía.

Señalado este matiz de la lucha social, mejor dicho, de lo que las autorida-

des pretendían que la lucha social fuese, cabe señalar lo genuinamente obrero, lo que ya realmente entra en el terreno de las luchas sociales verdaderas.

El movimiento obrero en España durante varios años quedó limitado a unas cuantas regiones españolas. Careció de uniformidad y, además de esta falta, tuvo otra, tanto o más grave que aquélla: la influencia de la política y de las conspiraciones republicanas de la época. Y era difícil sustraer al movimiento obrero de esta influencia. Ha de tenerse presente para ello que la casi totalidad de los militantes obreros más destacados de aquel período vinieron a la organización abandonando los partidos republicanos, más especialmente el partido republicano federal. Y si bien es cierto que un individuo puede cambiar de la noche a la mañana de partido o de creencia, lo cierto es que su pasado pesa en él y lo determina durante algún tiempo todavía. La impresión de las ideas no se borra tan fácilmente como parece. Sobre todo, cuando, además de la influencia natural de las ideas, pesa en el pensamiento del individuo el medio ambiente con que se desarrolla.

Las regiones donde el movimiento obrero adquirió más arraigo fueron Cataluña, Valencia y Andalucía. Algo menos en Aragón, Vizcaya y Galicia. Y casi nada, o muy poca cosa, en las otras regiones.

En Cataluña, aparte la actividad desplegada por los internacionalistas, había en Barcelona una organización llamada Las Tres Clases de Vapor, organización a la que pertenecían los obreros de la industria textil, en su mayoría. Los demás trabajadores organizados se repartían entre los internacionalistas y otras organizaciones sin matiz social definido.

Las Tres Clases de Vapor, organización muy influyente en un momento dado, es apenas conocida. Se ha olvidado sin estudiar sus características esenciales.

Fundamentalmente, Las Tres Clases de Vapor era una organización de tipo puramente profesional. Sus orientadores carecían de matización social, limitando las actividades que desarrollaba a mejorar la condición económica de sus componentes, dentro del marco de la concepción capitalista. Era de aquellas organizaciones que aceptan como hecho ineluctable la existencia de dos clases en la sociedad: la clase de los que mandan y la clase de los que obedecen.

A últimos del siglo pasado declinó rápidamente esta organización, desapareciendo sin pena ni gloria. Desplazada la clase trabajadora hacia otras disciplinas del espíritu, la organización que no supo o no pudo adaptarse a las señales nuevas de los tiempos nuevos también pereció oscuramente, en la sombra, sin pena ni gloria, probablemente lo mismo que había vivido. Tal es, al menos, lo que he podido colegir de las noticias que hasta mí han llegado.

Un poco atrás ese período de final del siglo XIX, entramos en el siglo XX. ¿Cuál era la situación de la organización obrera en este comienzo de siglo? Incoherente, precaria, desmadejada. La influencia de la política partidista y las brutalidades del Poder que no cesa de acosarla, son la causa de tal estado de cosas en la organización.

Cataluña sigue manteniendo la hegemonía. En segundo lugar podemos colocar a Andalucía. Pero aquí el movimiento ha derivado totalmente casi. No es la organización sindical lo que el campesino andaluz cultiva con preferencia. Las persecuciones y, quizá un instinto psicológico racial, lo inclinan al anarquismo romántico. Este exige menos esfuerzo. Permite volar más libremente por las regiones de la fantasía. Hay en él, en la interpretación que al anarquismo da el campesino andaluz, mucho de nihilismo ruso y bastante del apocalipsis cristiano. ¿Crear? ¿Laborar? ¿Pensar en el mañana desde un punto de vista

práctico? ¿Trazar ya en la sociedad de hoy, con esfuerzo y perseverancia, los rudimentos de la sociedad futura? ¿Trabajo perdido, labor ingrata, tarea inútil! No hay más que soñar; soñar en el mañana. Soñar en la revolución y hacer de la revolución un mito. Y así, al día siguiente de la revolución triunfante, todo surgirá de la nada, lo mismo que de la nada surgió el mundo, según la concepción que de su formación nos da el cristianismo.

Naturalmente que esto no es el anarquismo, aunque de ello tenga una gran parte el anarquismo romántico. Pero, sea o no sea, el campesino andaluz así lo interpretó y así lo aceptó entonces, desviando sus actividades en la parte creadora que el anarquismo tiene, a la exclusivamente romántica, con grave daño para la organización sindical que abandonó casi por completo, consagrándose a la actuación del grupo, que exigía menos esfuerzo y menos perseverancia.

Tras de Andalucía viene Valencia. Pero aquí las luchas políticas han desviado totalmente la trayectoria de los trabajadores, y mientras «sorianistas» y «blasquistas» se cazan a tiros y ensangrientan las calles de la bella ciudad del Turia, la situación económica del trabajador valenciano, sobre todo la del obrero industrial, empeora, alcanzando límites insospechados. Era tal su falta de recursos, que en la mayoría de hogares obreros no se cenaba por las noches, acostándose la familia después de haber tomado unas pastas o un poco de leche con la que se engañaba el estómago. La situación del obrero del campo era mejor, sin que pueda considerársela brillante. Por algo es la región levantina tierra privilegiada como no lo es quizá ninguna otra. Y por mal que fuese a sus labradores, siempre estarían mejor que los de la capital y los de otras regiones, si exceptuamos a los de la catalana.

Castilla, con Madrid a la cabeza, daba tono al socialismo. Pablo Iglesias, después de su apartamiento de la Internacional y de fundar el Partido Socialista y crear la Unión General de Trabajadores, cultivaba el tópico del obrero de blusa, honrado y bueno, reminiscencia literaria de la novelaría con que terminó sus años el siglo XIX, en cuya literatura siempre aparecía el marqués enriquecido que se casaba a tiempo con la muchachilla deshonorada, una vez encontrado el fruto de los furtivos amores de juventud.

Galicia permanecía encerrada y hermética en sí misma. Conservaba el fuego sagrado de la Primera Internacional, pero muy recatadamente.

Vizcaya y la región minera asturiana se inclinaban hacia el socialismo y a la U. G. T. Guipúzcoa, el obrero vasco, se entregaba al cura; y Aragón y otras comarcas daban poca fe de vida. Puede decirse que, quitado Zaragoza, sacudida y zarandeada por las luchas políticas, como su hermana Valencia, en materia de organización apenas si destacaba alguna cosa.

Es, por fin, Barcelona la población que da la primera campanada del siglo, cuyos ecos despiertan anhelos febriles en todo el país. Es la huelga general en 1902 la que provoca el estruendo, y con el estruendo, la que provoca la reacción salvadora que galvaniza e infunde nuevas energías a la clase obrera, que permanecía estacionada en la penumbra gris en que se coloca quien quiere hacer una cosa para la que le falta o el valor o la capacidad.

¿Qué significación, qué alcance, qué causas y origen tuvo este movimiento? He aquí enunciados que por sí solos exigirían cada uno de ellos varios artículos o, quizá, capítulos de un libro de historia completa y ordenada.

Angel Pestaña

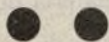
La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario

(Conclusión)

TAMBIÉN será necesario perfeccionar la maquinaria al desaparecer el interés privado de las empresas. Estas atienden exclusivamente a los dividendos, mientras que luego se atenderá exclusivamente al bienestar común. En tales condiciones, se tenderá a dos cosas, sopesando en cada momento hasta qué punto debe preponderar la una sobre la otra: por una parte, a que sea la producción la mayor posible; por otra, a que sea el esfuerzo humano el menor que se pueda alcanzar. La fabricación de maquinaria deberá ser intensificada desde el primer momento. La obtención de energía eléctrica barata deberá preocupar intensamente a la colectividad. Todos los esfuerzos serán consagrados a evitar los trabajos cansados, peligrosos y malsanos.

Los inventores, esos magos que transforman las condiciones de la vida de la Humanidad, ya no pasarán su actual calvario de verse desoídos por la estupidéz codiciosa de los capitalistas, que se niegan a aventurar dinero en la posible realización de sus sueños, y luego, cuando éstos cristalizan en hechos, gracias a enormes sacrificios, los explotan en beneficio propio, prescindiendo del inventor, fácilmente burlado en el laberinto del Derecho. Los inventores de los nuevos tiempos, en cuanto logren convencer a la colectividad de que poseen la suficiente preparación y de que sus planes no son descabellados, podrán realizar sus proyectos con la cooperación de la industria colectiva, y así irán preparando el porvenir espléndido en el que la jornada de trabajo pueda disminuir.

Poco a poco, conforme se vaya «racionalizando» la economía al adaptarse a los nuevos fundamentos sociales, y se vaya liquidando el saldo de injusticias del capitalismo, irá desapareciendo la estrechez colectiva, podrá desaparecer el racionamiento de la mayoría de los productos y el nivel medio de vida se irá elevando hasta que ya se considere que la jornada de trabajo puede disminuir, pasándose así a la segunda época.



En la segunda época, inaugurada el día en que se acuerde que se trabaje menos de ocho horas, irá disminuyendo la duración diaria del trabajo de una manera sistemática. Mirar al lejano porvenir es ya casi penetrar en el terreno soñador de Julio Verne, pero tal terreno no deja de ofrecernos agradables perspectivas.

Antes de explorarlas, debemos hacer determinadas consideraciones sobre la relatividad de las ocho horas.

Este número «ocho» merece ser conservado al principio, no sólo por no romper la continuidad del hecho económico, sino también porque se presta excepcionalmente, al constituir la tercera parte del día, a los cálculos estadísticos que será necesario verificar de una manera minuciosa y concienzuda para que la vida colectiva pueda desarrollarse de una manera ordenada y armónica. En otro próximo artículo informaremos a nuestros lectores de una modificación del calendario con arreglo al tiempo decimal en la que, tomando como base el trabajo, en lugar del egoísmo burgués, se simplifican extraordinariamente cuantos cálculos

deben contar con el factor tiempo, mediante el mecanismo decimal, contando con que la jornada de trabajo corresponda a la tercera parte del día.

Pero claro es que se sobreentiende que la jornada de ocho horas se refiere exclusivamente a la generalidad de los trabajos, debiendo ser establecidas desde el primer momento reducciones sobre dicha cifra para toda especie de trabajo que sea excesivamente penoso, peligroso o malsano, tales como los subterráneos de las minas y los de determinadas industrias químicas. Habrá, en cambio, otros trabajos que, por su índole, puedan admitir jornadas de más de ocho horas. La colectividad, en cada caso, resolverá en justicia. Otros trabajos, en cambio, serán incapaces de ser sometidos a la disciplina de la jornada. Tal puede ocurrirle al piloto de aviación.

En cuanto al lejano porvenir, poniéndonos ya en el terreno de la hipótesis, que no son ya fantasías ni sueños utópicos, es evidente que la jornada de trabajo podrá ir disminuyendo de una manera constante y sistemática hasta límites verdaderamente sorprendentes.

Si el capitalismo subsistiese, los adelantos infinitos que pueden ser esperados de la técnica servirían para crear fortunas fantásticas al lado de miserias inverosímiles. Esta es, precisamente, la razón más poderosa para que el capitalismo desaparezca: lo que lo empuja a la fosa. Pero, con el régimen comunista libertario, los adelantos de la técnica irán permitiendo que cada día tengamos los hombres que trabajar menos horas para poder satisfacer, cada día más ampliamente, todas las necesidades colectivas y hasta todas las apetencias superfluas.

Como ejemplo y demostración de posibilidades, copiamos los datos estadísticos que publica en un artículo del último número, correspondiente al mes de abril, la *Revue Internationale du Travail*, sobre la mecanización de la agricultura en los Estados Unidos.

Si se cifra en cien la producción para un esfuerzo correspondiente a la explotación de los campos en 1850, cuando el maquinismo se reducía al azadón y el arado ordinario arrastrado por una caballería, las cifras correspondientes a las producciones que se logran hoy en aquel país con la maquinaria moderna son las siguientes:

Maíz	508
Algodón	273
Heno	1.217
Patatas	118
Trigo	3.801
Promedio	1.185

Tales cifras pueden presentarse de manera aún más elocuente cifrando en un tanto por ciento la economía de esfuerzo alcanzada:

Maíz	83,6 %
Algodón	73,2 %
Heno	92,4 %
Patatas	54,1 %
Trigo	97,4 %
Promedio	80,2 %

Tal maquinismo agrícola está apenas iniciado en España. Cuando lo instaure el comunismo libertario, al proporcionar una economía en el esfuerzo necesario para obtener la actual producción de un 80 y pico por 100, nos

sobrarán brazos para otras producciones en el primer período y, en el segundo, permitirán reducir la jornada de trabajo.

Tal 80 por 100 se refiere a posibilidades de hoy que ya han tenido realización y comprobación práctica en Norteamérica y representan ya la posibilidad de obtener la misma producción actual con una jornada de una hora y diez minutos. Calcúlese lo que la técnica del porvenir, en loca carrera de perfeccionamientos, nos puede ofrecer.

Después de lo dicho, no creemos que se nos pueda tachar de soñadores porque afirmemos que la jornada de trabajo ha de llegar cierto día a emprender una etapa de disminución con un final de anulación absoluta. Día ha de llegar en el que el hombre no necesite, en absoluto, trabajar para poder gozar de una vida espléndida, hecho solamente posible gracias al comunismo libertario o al régimen subsiguiente anárquico. Las máquinas, construídas por los hombres, lo harán todo, incluso las nuevas máquinas, hijas suyas, cada día más perfectas, y la Humanidad podrá reírse jocundamente de la antigua burrada que aseguraba la necesidad de ganarse el pan con el sudor de la frente.

El hombre, en esa época feliz, necesitará trabajar, y trabajará, no por imposición económica, sino por imposición fisiológica y moral. Porque es higiénico trabajar física e intelectualmente. Porque el aburrimiento es el castigo dantesco de los vagos.

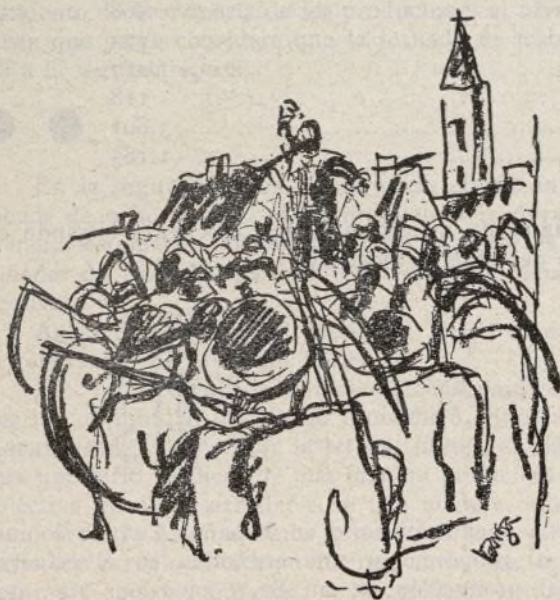
Ya no se hablará de la obligación a trabajar, sino del derecho al trabajo.

Alfonso Martínez Rizo

El trigo

El aumento en la demanda, durante la guerra, llevó a los Estados Unidos y al Canadá a extender y racionalizar el cultivo del trigo. De 777 millones de bushels —el bushel corresponde a 36'35 litros— pasó la producción a 1.096 millones, en la cosecha global de ambos países, en 1926. Pero los precios bajaron, de 2'60 dólares por bushel, en 1920, a 1'20, en 1923. Esto produjo la crisis de los granjeros, que se organizaron en cooperativas. El gran Wheat-pool —trust triguero—, controlando los dos tercios de la producción, consiguió aumentar el precio del trigo a 1'72 dólares, en 1925; la producción aumentó con los precios, el trust intentó impedir la baja, almacenando la percañía. A pesar de todas las medidas de defensa, los precios bajaron a 80 centavos, en 1930, y a 50, en 1931.

Fuertemente comprometido por las grandes compras, el trust canadiense, está en plena crisis financiera.



La Iglesia cristiana, el trabajo y los trabajadores

Si las iglesias cristianas siguiesen las enseñanzas de su fundador, bien explícitas en los Evangelios, aconsejarían a sus miembros una abstención casi absoluta del trabajo. Para el Cristo, esta actividad social era casi un pecado, una tentación, un camino seguro de perder el paraíso, razón única de nuestro paso por la tierra, destierro y valle de lágrimas.

Los cristianos debían vivir como si aquel día fuese el último de su vida y no atesorar riquezas, que consume el orín y la polilla. «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos: ¡Cuánto más vuestro Padre celestial dará bienes a los que se los pidan! Ninguno puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o al uno sufrirá y al otro despreciará. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto os digo, no andéis afanosos para vuestra alma; que comeremos, ni para vuestro cuerpo, que vestiréis. ¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en troxes, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas? ¿Por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo, no trabajan ni hilan. Y os digo que Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de ellos. Pues si el heno de campo que hoy es y mañana es echado al horno, Dios viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos o qué beberemos, o con qué nos cubriremos?... Y así no andéis cuidadosos por el día de mañana, porque el diadema mañana asimismo se traerá su cuidado. Le basta al día su propio afán.» «No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón; porque digno es el trabajador de su alimento.» Lleno está el Evangelio de estas enseñanzas terminantes.

Es más, parece que, para el Cristo, la condición esencial de perfección estaba en la renuncia de las riquezas, total y absoluta, en beneficio de los pobres, antes de seguirlo, y en una absoluta pobreza.

Al mancebo que le aseguró guardaba todos los mandamientos, desde su juventud, preguntándole qué le faltaba para ser perfecto, le contestó: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.»

Y cuando el mancebo, que tenía muchas riquezas, se fué triste, sin obedecer el mandato de Cristo, dijo a sus discípulos: «En verdad os digo que es más fácil cosa pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos.»

Sus discípulos arrancaban espigas en los sembrados ajenos aun el día de sábado, santísimo para los judíos y para Jehová, que hizo matar millares de israelitas sólo porque un pobre hombre cogió una poca leña el sábado en un monte; Cristo, en cambio, a pesar de ser consustancial al Padre e Hijo de Jehová, disculpó a sus discípulos a la vista de los fariseos que los acusaban de quebrantar la ley de Dios, diciendo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando se halló en necesidad, y los que en él estaban tuvieron hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios en tiempo de Abiathar, príncipe de los sacerdotes, y comió los panes de la proposición, de los cuales no era lícito comer sino a los sacerdotes y aun dió a los que con él estaban?»

En su parábola del rey y la torre, el precepto está terminante: «Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y madre y mujer e hijos y hermanas, y aún también su vida, no puede ser mi discípulo. Pues así, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posea, NO PUEDE SER MI DISCIPULO.»

Su doctrina sobre la confianza en Dios como proveedor de las cosas temporales, sin trabajar, era tan clara, que a menudo le seguían millares de personas a quienes daba alimento, sin trabajar, multiplicando unos pocos panes y peces, creen los cristianos que milagrosamente, pero desde luego sin trabajo humano, hasta el punto de saciar el hambre de tres días a una multitud de cuatro mil hombres, con siete panes y unos cuantos peces, sin contar los niños y mujeres, dice el evangelista, que también comieron, y sobraron siete espuelas llenas de pedazos. Este milagro, estimulador de la vagancia de sus seguidores, se repitió alguna vez más.

Cuando Marta trabajaba para servirlo, mientras su hermana vagueaba acompañando a Jesús, reprendió a la trabajadora Marta, diciéndole: «Marta, Marta, muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas; María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.»

Esta respuesta terminante dada a la mujer trabajadora, que le rogaba: «Señor, ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servirte? Dile, pues, que me ayude», explica claramente el concepto que del trabajo tenía Cristo. Haríamos interminables las citas evangélicas referentes a este asunto; mas juzgamos las anotadas suficientes para probar que el trabajo, como función social y medio de allegar riquezas, es contrario al Evangelio y a las enseñanzas del Cristo.

¿Por qué, entonces, las Iglesias cristianas tienen riquezas incalculables y los sacerdotes y frailes atesoran riquezas, exponiéndose a perder la única cosa necesaria: ganar el cielo?

Porque han abandonado el espíritu del Evangelio, obrando en contra de los mandatos de Cristo.

Si la Humanidad hubiera tomado en serio los preceptos evangélicos, el ejemplo de la vida de Cristo y de los primitivos cristianos, verdaderos intérpretes fieles de la verdadera doctrina del Cristo tal como llegó a nosotros en los Evangelios, hubiera dejado de existir, muerta de hambre y de miseria, y con ella la civilización, que es trabajo de toda especie acumulado y riqueza transformada en cosas útiles atesoradas, guardadas para el bien común.

No puede negarse que Cristo creía en un próximo fin del mundo; esta idea céntrica de su doctrina que acaso fuese el fundamento de su concepción de la vida sin trabajar, fiándolo todo a la bondad y auxilio del Padre omnipotente y bueno, si la cristiandad hubiera seguido creyendo en las ideas de su fundador y esperando, como cosa inmediata, el fin del mundo, ciertamente este fin hubiera fatalmente llegado, porque todos los hombres hubieran perecido.

Sería interesantísimo recoger los textos evangélicos y teológicos que condenan la posesión de riquezas y el trabajo como fuente de acumularlas y la propiedad privada... La doctrina de la Iglesia, ahora, es terminantemente contraria al Evangelio, doctrina de burguesía acomodada, y ese es el secreto de que la sigan y defiendan los ricos, aun siendo materialistas y ateos.

León XIII, en su *Encíclica Rerum Novarum*, dice: «El objeto primordial de Estado es: salvaguardar la propiedad privada con estatutos y políticas legales. Ante todo, es esencial, en estos tiempos de avaricia sórdida, *mantener la multitud dentro de su línea de deber*... Ni la justicia ni el bien común permiten a nadie... bajo el pretexto de una fútil y ridícula igualdad, *tocar las fortunas de otras personas*... No son pocos los que tienen malos principios y desean un cambio revolucionario... La autoridad del Estado debe intervenir PARA REPRIMIR ESTOS PERTURBADORES.»

Pío XI, en la *Encíclica Kuadragesimo anno*, ordena a los obreros a aceptar

su estado y condición social, por ser las clases existentes sabías y establecidas por Dios; estas clases (equivalentes a las castas de Oriente) no pueden cambiar y los obreros tienen que aceptar su presente suerte en la vida: «Las diferencias en las condiciones sociales decretadas por el Creador, no se deben NI SE PUEDEN ABOLIR... Debe cesar toda oposición entre las clases y debe establecerse una colaboración armoniosa entre los diversos grupos... Por esto, todos deben trabajar juntos para el bien común en completa armonía y disciplina, cada uno en su puesto y en su esfera BUSCANDO NADA MAS QUE LOS INTERESES DEL BIEN Y EL REINO DE JESUCRISTO.»

La Iglesia ha abandonado el concepto del trabajo y de las riquezas que tenía su fundador, pasándose al lado de los ricos, creadores de riqueza con el trabajo ajeno; olvidando el reino de los cielos como cosa inmediata, piensa en la tierra y en las riquezas, convirtiéndose en una sociedad burguesa, acaudalada; no trabaja apenas, pero obliga a los demás a trabajar para ella, cobrando un buen interés a la burguesía robadora del trabajo de los pobres, sus explotados, por aconsejar a éstos sumisión absoluta y aceptación voluntaria y sumisa a su estado actual, que no puede cambiar porque Dios así lo tiene establecido desde lo eterno... para bien de ella y de la burguesía.

El cristianismo, al convertirse en catolicismo en el 313, ganó en grandeza exterior, pero perdió para siempre irremediablemente el verdadero espíritu evangélico.

«Desde los apóstoles hasta nuestros días —dice San Jerónimo— la Iglesia había ido creciendo con las persecuciones y los martirios. Desde que los emperadores se hicieron cristianos, creció más en riquezas y en poder, PERO MENGUARON SUS VIRTUDES.»

«Muchos holgazanes —decía una ley del Código Teodosiano— se retiran a los desiertos o se meten monjes para eximirse de las cargas públicas. Mandamos, pues, que éstos sean extraídos de los monasterios y forzados a cumplir las cargas de sus pueblos, o que se les prive de sus bienes y se entreguen a otros para que cumplan por ellos.»

El emperador Valentiniano prohibió profesar y hacerse monjes a los labradores, artesanos y empleados de la municipalidad, mandando fuesen degradados si no se avenían a poner en su lugar a otras personas que cumpliesen sus deberes y cargas y obligaciones temporales con el imperio todos los ordenados *in sacris* en los diez años anteriores a la publicación de esta ley; en otra ordenaba que ningún ciudadano, liberto o esclavo, pudiera ser ordenado sin el previo consentimiento de los pueblos donde habitualmente residían. Estos emperadores cristianísimos sometían la Iglesia a la ley civil, aun en cosas consideradas de la única jurisdicción eclesiástica. Ejemplo que pudieran imitar los hombres de nuestra República... laica.

Nos falta espacio para estudiar cómo organizó la Iglesia el trabajo a través de los siglos, qué piensa actualmente del trabajo, cómo burla las leyes contributivas en sus talleres de trabajadores esclavos, cómo trabaja para acabar con las Internacionales que elevaron la condición de los obreros, acabando con la esclavitud y convirtiendo a los trabajadores en hombres, qué son sus Internacionales católicas, sus Sindicatos libres de trabajadores, sus escuelas para obreros, sus talleres de competencia a los talleres de verdaderos trabajadores, que pagan al Estado la contribución, laboran ocho horas y se arruinan, cuando en su localidad existe otro taller dirigido y explotado por frailes, monjas o curas, sus relaciones con la burguesía internacional para someter a los obreros, la labor adormecedora y castradora de energías hecha en sus llamados Círculos católicos y Sindicatos católicos o confesionales...

Pero estas cosas merecen capítulo aparte.

Matías Usero Torrente

Sexo y educación

El hombre es producto de su pasado, pero es también productor de su porvenir.

P. NATORP

(Cf. *Pedagogía social*, pág. 304.)

EN fin de cuentas, el mundo se compone de *física* y de *poesía*, de realidad y de ilusión, y el AMOR —renovada esperanza del mundo— es sólo eso: un feliz engarce de ilusión sobre realidad.

Ahora bien; los *sabios* nos dan la *visión real* del mundo, mientras que los *poetas* nos ofrecen la *visión ideal*. El físico observa las cosas como *circunstancia* del hombre. El poeta, en cambio, penetra en la *sustancia* de las cosas. La ciencia tiende a explicar la vida, mientras que la poesía nos la hace amable. La Humanidad cuenta con estos dos valores radicales: ciencia y arte, esto es, física y poesía. Todas las cosas tienen dos luces, ha dicho un maestro: «La Naturaleza nos las *presenta* (luz natural) y la poesía nos las *representa* (luz espiritual).» CULTURA no es otra cosa que física y poesía.

La obra egregia de hacer llegar al pueblo la verdadera cultura es *función política* si se trata del pueblo-adulto, y *función pedagógica* cuando se aplica al pueblo-niño. En esencia, política y pedagogía son una misma cosa. Y cuando un pueblo posee estos índices de enlace, estos nexos o medios de unión, puede decirse que es un pueblo señalado por el Destino para la realización del progreso humano. Todo el sentido profundo de la verdadera pedagogía y de la verdadera política consiste en hermanarse y compenetrarse para «la obra entera de elevación del hombre a lo alto de la plena Humanidad».

Cuando un pueblo viejo quiere regenerarse tiene que crear su tipo de *sabio*, su tipo de *poeta* y su tipo de *político*, que, siendo indiscutibles valores universales, tengan a la vez una raigambre profunda de la conciencia histórica nacional. Ejemplo vivo hoy es la joven India, de la que Hegel dijo que simbolizaba el «sueño» en la filosofía de la Historia. Hoy despierta a la vida universal gracias a tres figuras ejemplares, síntesis de toda la vida espiritual de una nación.

La India tiene su físico, que es SIR CHANDRASEKHARA VENKATA RAMAN, profesor de la Universidad de Calcuta, que fué vicepresidente del Congreso Indio de Ciencias, celebrado en 1915, actual jefe de la Asociación India para el Fomento de las Ciencias y uno de los fundadores de las conferencias de la Universidad de Benarés, autor de importantes obras científicas. Abriendo el *Nobelstiftelsens*, de Estocolmo, nos encontramos que el Premio Nobel de física correspondiente al año 1930 fué adjudicado a este sabio hindú.

La India también tiene su poeta, que es RABINDRANATH TAGORE, Premio Nobel de literatura en 1913, bastante conocido en España, gracias a las bellas traducciones de Zenobia Camprubí de Jiménez. Tagore es un altísimo poeta y, a la vez, es un profeta, ético, hombre de acción e inspirado creyente. En sus *Cantares* se admira la armonía del pensamiento, de la imagen y de la expresión, que sólo puede ser producto del más acrisolado amor a la verdad y de la sinceridad más profunda, según testimonio autorizado del crítico alemán Van Eden. Tagore vino a Europa con un genial designio, como más tarde lo hiciera Cheng Tcheng, el grande hombre de la joven China. Ambos asiáticos propugnan la necesidad de un acercamiento mutuo entre el Oriente y el Occidente, base de un porvenir más humano para la tierra toda. Tagore ha puesto manos a la obra creando en Santiniketan una Universidad internacional, que es una verdadera comunidad de trabajo y de la que madame Pieczynska nos ha dado

una encantadora visión en un libro titulado *Tagore, educador*, y de la que hay ya traducción española.

Finalmente, la India tiene, además, su gran político, que es MAHATMA GANDHI, el inquebrantable apóstol de la independencia de su patria, que tiene una visión clarísima de su alta misión social, que es —ya lo hemos dicho al principio— misión de AMOR, en el sentido profundo en que también la nueva China entiende su república, que nombran con tres signos equivalentes a «gobierno-discusión-dulzura», según nos explicaba en la cátedra de Metafísica el profesor J. Ortega y Gasset.

El sentido nuevo de la vida social, organizada por el trabajador y para el trabajador, ya va encajando hasta en los cerebros adultos de más precario voltaje mental. Lo que no hay manera de meter en las cabezas mayores todavía es la idea eugénica. La mayoría de los ciudadanos formados en los moldes del siglo pasado —lo mismo los de izquierdas que los de derechas— no entran por la libertad de amar y por la selección de la prole. Y es precisamente aquí donde ha de darse la batalla decisiva al filisteísmo arcaizante.

Gandhi sabe esto muy bien. Su país tiene que pensar seriamente en el problema de la *generación consciente*, si ha de verse libre, no sólo de la dominación inglesa, sino de las mil lacras que le aniquilan. «Tenemos —dice Gandhi— enfermedades, hambres y miserias y varios millones de compatriotas nuestros perecen de indigencia. ¿Es justo que nosotros, que conocemos la situación, traigamos hijos a un mundo de tan desagradable atmósfera? Si continuamos procreando siendo impotentes, enfermizos y muriendo de hambre, no haremos más que multiplicar los esclavos y los seres débiles. Mientras la India no sea una nación libre, capaz de resistir la subalimentación y remediarla, capaz de alimentarse durante los períodos de hambre, capaz de curar la fiebre palúdica, el cólera, la tifoidea y otras epidemias, no tendremos el derecho de traer niños a este mundo. Debo confesar que hace años reflexiono con satisfacción sobre la posibilidad de suspender la procreación.»

Así hablan los verdaderos patriotas. No ocultando las llagas, sino reflexionando sobre la posibilidad de verlas extintas. ¡Hasta en la India! Sólo en España pudo darse el incalificable caso de que un Gobierno dictatorial denomine «regodeo pornográfico» a un curso sobre eugenesia celebrado en la Facultad Central de Medicina, hecho por hombres eminentes de todos los campos sociales y provistos de la mayor solvencia científica. Y no sólo le zahiere (zaherir es herir por lo bajo), sino que la suspende de real orden y provoca una protesta en todos los medios culturales de aquí y de fuera de aquí para que el oscurantismo español vuelva a figurar en primer plano en las columnas de los grandes rotativos nacionales y extranjeros. Con justicia y con razón.

El amor no es una bagatela. Es un problema que supera en gravedad e importancia al problema del trabajo. Es más. Hoy el trabajo tiende a ser considerado como un carácter sexual secundario. Por eso se habla ya tanto de una *política sexual* y se produce abundante bibliografía sobre este tema. Pero una política sexual no tendrá eficacia si no se fundamenta sobre el *derecho sexual*, y éste no subsistirá mientras no construyamos una verdadera y pura *moral sexual*. Y ya estamos dentro de la escuela. Porque toda moral es obra de educación, de habituación, de disciplina mental. Escuela aquí se llama a todo medio de influjo educador.

Educación sexual: ese es el gran camino del amor (que, dicho entre paréntesis, no es ciego, sino clarividente). Pero la educación sexual no es nada si no reconoce el valor de la eugénica, que es ciencia fundada en la biología de los sexos o sexología y en la herencia física o genética. Mucho ojo, sin embargo, pues si no fuera más que esto, razón tendrían los que burdamente califican a la eugénica de veterinaria.

Las rutas de la selección humana por los postulados de la eugénica no son en modo alguno de radio limitado a la materialidad de la vida, sino que fijan sus postes más altos en los alminares del espíritu. El amor —insistimos— es un engarce de ilusión sobre realidad. Así es. La realidad aquí es lo puramente biológico y la ilusión es todo lo que afecta a las leyes psíquicas de la irradiación del amor. Esto con el tiempo ha de ser estudiado con la mayor atención en las escuelas con el nombre de «Erótica» o doctrina del amor.

Creemos —con el doctor Díez Fernández, en su interesante obra *Castidad, impulso, deseo*— que la irresponsabilidad mutua en el amor es base de toda prostitución. «El sexo y el amor tienen su ley, y la Humanidad nueva ya vislumbra dónde está el más alto sentido de la vida. Su logro será la mayor gloria de nuestro siglo.» (Huerta.)

El doctor Madrazo en sus conferencias del Ateneo de Madrid, decía: «Hay que matar al lobo.» Han llegado los tiempos que dan, experimentalmente, la razón a los partidarios de Hobbes. Eso parece. La lobada anda suelta. Vayamos decididamente al lobo. Pero no con el rifle, sino con la palabra dulce de Francisco de Asís. María Zambrano —en *Nuevo Liberalismo*— lo expresa bien: «Cuando el mundo está en crisis y el horizonte que la inteligencia otea aparece ennegrecido de inminentes peligros; cuando la razón estéril se retira, reseca de luchar sin resultado, y la sensibilidad quebrada sólo recoge el fragmento, el detalle, nos queda sólo una vía de esperanza: el sentimiento, el amor, que, repitiendo el milagro, vuelva a crear el mundo.»

María Josefa Varela

Por la borda

En Calais, han tirado millares de kilos de pescado al mar.

En Charleroi, los industriales del vidrio han destrozado toneladas de mercancía.

Han incendiado cantidades enormes de trigo y se destruye el algodón en los Estados Unidos.

En el Brasil, tiran al mar cargamentos enteros de café o lo transforman en panes de carbón, para alimentar las locomotoras.

Hasta derraman hectolitros de leche en los ríos.

¡En estos tiempos, en que hay millones de niños en el mundo que carecen de leche y millones de hombres que no tienen pan!

Estos hechos, en sí mismos, serían suficientes para condenar un régimen.

El capitalismo no produce para satisfacer las necesidades de la Humanidad. Trabaja para vender las mercancías y conseguir beneficios. Si las cotizaciones bajan y amenazan la ganancia, se reduce la producción o bien se la destruye, si hace falta.



Un producto de la energía creadora de las masas

DURANTE el presente período de reconstrucción, la atención pública en la U. R. S. S. se ha concentrado en el problema de la racionalización socialista. Los intereses de esta vasta obra llegan a constituir los propios intereses de una clase trabajadora consciente. Esta comprende que la rapidez en la producción y el perfeccionamiento en la calidad de los productos acorta el camino que conduce al socialismo. Ello ha originado la multiplicación de los inventos, principalmente de aquellos que se refieren a la racionalización de la producción y a la ayuda de la industria en sus problemas más difíciles; es decir, aumentando la producción total de aquellas ramas que no pueden cubrir todas las necesidades de la economía nacional. Los inventos en la U. R. S. S. han adquirido el carácter de un movimiento de masas. La importancia que entraña esto se ha tomado en consideración por el Partido. Una resolución de su Comité Central, tomada en 26 de octubre de 1930, dice: «En este período ascensional de la construcción socialista y de la iniciativa creadora de las masas de la clase trabajadora, los inventos, que son una de las formas principales de la participación directa de los obreros en la racionalización socialista de producción, adquieren una importancia enorme.»

En el presente, la actividad de los inventores, que disfruta de la ayuda pública y oficial, constituye una vasta organización, que cuenta con decenas de miles de miembros, y edita su propio órgano de prensa (*El Inventor*).

En todas las empresas en que se emplean más de quinientos obreros, se han creado oficinas especiales para la realización de los inventos (*BRIZ*), que prestan su ayuda a los inventores de la clase obrera, lo mismo que a los inventores ingenieros. Estas oficinas se han constituido mediante una decisión del Consejo Supremo de Economía Nacional de la U. R. S. S. Sus funciones son múltiples.

Dirigen la actividad de los inventores en las fábricas, para obtener la solución de los problemas técnicos de más importancia en la actualidad; les ayudan por medio de informes y libros técnicos, organizan consultas legales y científicas para que sus inventos sean utilizables; organizan concursos relacionados con los inventos, proyectan las organizaciones, premian a los inventores, etc.

Gracias a estas medidas, la actividad de los inventores —esta nueva forma de actividad creadora de las masas— ha adquirido en la U. R. S. S. las necesarias premisas para su ulterior desarrollo. Todo el que visite la U. R. S. S. con el fin de hacer un estudio serio de su vida económica y cultural no puede prescindir de este ejemplo en su esfera de observaciones.

Mr. Villard —periodista americano—, en su libro sobre la U. R. S. S., hace las siguientes observaciones: «No creo que en cualquier fábrica de los Estados Unidos puedan examinarse durante un año 1.400 propuestas e inventos realizados, por un personal de 2.300 empleados; en la U. R. S. S. esto es una cosa corriente.»

En efecto, este fenómeno que ha asombrado al imparcial periodista americano, al estudiar conscientemente la vida del soviét, constituye para nosotros una observación diaria. Durante las campañas de lucha contra el despilfarro en la producción y contra los defectos técnicos, el torrente de propuestas e inventos para lograr la racionalización inunda materialmente las oficinas de las fábricas.

Durante una de estas campañas se han examinado, en un mes, 2.751 propuestas e inventos realizados por los obreros y por los técnicos, de los gigantescos trabajos electrotécnicos de Moscú, «Elektrozavod»; 1.200, en la fábrica «Dynamo»; 4.000, en el molino «Elektrosila», de Leningrado, y 2.000, en las obras del Báltico. Durante otra campaña de lucha contra el desperdicio en la producción se recibieron de los obreros 60.000 propuestas que provenían de 150 fábricas de Leningrado. En 1929, el número total de propuestas aceptadas en 550 fábricas alcanzó a 110.000.

Semanas, meses, décadas de lucha contra el desperdicio o hacia la racionalización, constituyen una nueva forma de estimular y movilizar la energía creadora de las masas. El resultado económico de estos procedimientos es inmenso.

Esto se debe principalmente al hecho de que en la U. R. S. S. no existen, ni pueden existir, secretos industriales. Cualquier invento de importancia, cualquier perfeccionamiento, se extiende enseguida a toda la industria, allí donde pueda ser de utilidad.

Ello se facilita en la práctica por medio de un fichero destinado a aumentar la experiencia socialista en la industria. Este fichero existe en el Consejo Supremo de Economía Nacional de la U. R. S. S. y está compuesto de tarjetas en las que se han impreso informaciones acerca de todas las propuestas e inventos nuevos para la técnica y la racionalización; cualquier fábrica que desee racionalizar su producción puede recibir una extensa información de las últimas novedades de su ramo. Según se van enviando los inventos y las propuestas surgidas en las conferencias de producción que se organizan en la fábrica, en las oficinas para la realización de los inventos y entre los inventores mismos, este fichero aumenta su volumen regularmente con nuevas tarjetas. Actualmente, la actividad de los inventores en la U. R. S. S. entra en una fase nueva y más elevada de su desarrollo, esto es, la fase de proyectos. Esto significa que la energía creadora de las masas se dirige hacia la solución de los problemas más importantes y más urgentes: los principales problemas técnicos del día.

Unido a esto, la costumbre del «Elektrozavod», de Moscú, que publica trimestralmente *Ensayos al alcance de los obreros*, es de gran valor.

Este material destinado a los inventos fomenta el espíritu creador, introduce un plan y un sistema en los inventos.

Otras fábricas siguen distintos caminos para obtener el mismo fin: organizan periódicamente concursos de inventos, con objetivos definidos.

El efecto económico en la producción, que resulta de aplicar las propuestas de racionalización hechas por los obreros, es enorme, dadas las condiciones de nuestra técnica atrasada.

Veamos, como ejemplo, unas cuantas cifras que ilustran y confirman esto: en las empresas de diecinueve *trusts* ucranianos se examinaron en los años 1928-29, 11.678 propuestas. Solamente la aplicación de una parte de éstas ha producido durante un año una economía de cinco millones de rublos.

Durante el mismo año, los *trusts* de Moscú recibieron 5.420 propuestas; la economía resultante de ellas alcanzó a 7'5 millones de rublos, en 1928-29, y otros cinco millones durante los primeros semestres de 1929 y 1930. La campaña de un mes de lucha, en 1931, contra el desperdicio, llevó solamente a las obras número uno de construcción de máquinas Tula, 5.000 propuestas de obreros y 1.500.000 rublos de economía.

El año 1930 se caracterizó por un ascenso en la calidad de los inventos. De pequeños inventos y perfeccionamientos se ha llegado a inventos de mayor importancia que, llevados a la práctica, dieron inmediatamente buenos resultados.

Así, un nuevo modelo de reóstato, inventado por unos cuantos obreros de la «Elektrozavod», produjo en los molinos una economía anual de 180.000 rublos; el invento de Bezdenezhny (un obrero de la fábrica de medias «Nostrikotazh»), capaz de sustituir, en un caso dado, la energía mecánica por la manual, produce al año una economía de 150.000 rublos; el invento de Ponomariov, que consiste en mecanizar el corte de las suelas de goma, aplicado a la fábrica «Kransyi Bogatyr» (Moscú), producirá una economía anual de 200.000 rublos. Dos obreros de las minas de carbón Voikov, en el bajo Don, Hokeiev, ajustador, y Chernov, herrero, han ideado un chasis para la máquina de cortar carbón, que le permite recorrer la galería de la mina a una velocidad mucho mayor; como resultado de este invento la productividad de la máquina de cortar carbón, Knapp, se ha elevado cuatro veces, etc.

Una modalidad completamente nueva en la actividad inventora, consiste en inventar colectivamente, por grupos de obreros, que tienden a resolver juntos algún problema técnico. Así, por ejemplo, en las obras de la metalurgia de Moscú, «La Hoz y el Martillo», un grupo de veinte inventores realizó una serie de inventos para perfeccionar el método del estiraje y terminado de los alambres. La aplicación de éstos produjo una economía anual de 27.000 rublos. El obstáculo principal para un desarrollo aún mayor de los inventos en masa es el bajo nivel de preparación técnica de los inventores. Por lo tanto, se dedica una atención preferente para prestar ayuda técnica a los inventores.

Por último, los técnicos de muchas fábricas se han encargado de prestar su ayuda a los inventores para elevar su educación técnica. El primer paso, en este sentido, lo dieron los especialistas de la «Elektrosila», de Leningrado. Fueron seguidos por los especialistas de la «Elektrozavod», de Moscú. En una solicitud de la Sociedad de Inventores, la sección técnica nombró a treinta y siete ingenieros para actuar como orientadores en los diferentes problemas técnicos. También se organizan cursos especiales para que los inventores y los trabajadores, en general, puedan estudiar los proyectos presentados. El número de alumnos es de cincuenta.

Así, la actividad inventora entre los obreros, con la ayuda de especialistas técnicos, elevará aún más la calidad de los inventos; esto no puede por menos de favorecer grandemente a la industria.

S. Yakovlev

Acaba de aparecer el interesantísimo libro

Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad

Krasin, Bogomòlov, Guerschanòvich y otros

Traducción directa del ruso por A. NIN

212 páginas

4 pesetas

Ayuntamiento de Madrid

Dibujos hechos por Engels en su juventud

PUBLICAMOS algunos dibujos de Federico Engels (reproducidos de *Marx-Engels Gesasulansgabe*) que ilustraban algunas cartas escritas por Engels, cuando era mozo. Estaban dirigidas a sus amigos de infancia, a los hermanos Graber, a su hermana María, y, una de ellas, a Carlos Marx.

Tratábase en ella de cuestiones religiosas y literarias, de bromas sobre sus bigotes, y descripciones humorísticas sobre la vida de Bremen en 1839. En las dirigidas a su hermana hay que tener en cuenta que iban destinadas a una niña y rezumaban ternura, y estaban llenas de todas las fantasías imaginables. Engels entretenía a su hermanita enferma, y, mientras comía, bebía, fumaba o leía, entre bromas, procura instruírla. Frases latinas, italianas, españolas, francesas e inglesas, se entremezclaban con el alemán. La broma y la aparente versatilidad, no mermaban la lucidez. Engels era joven, y aún no habían tentado los proyectos grandiosos.



Caricaturas y situaciones modernas. De izquierda a derecha: La emancipación de la carne (en alemán *Fleisch* significa, a la vez que carne comestible, carne en sentido sexual).—El dolor mundial.—El destrozado moderno.—La emancipación de las mujeres.—El noble materialismo moderno.—El espíritu del tiempo.

Caracteres y situaciones modernas (Bremen, 15 de junio de 1839).—En esta carta, dirigida a F. Greber, critica las ideas religiosas de su amigo. Dice, refiriéndose a la *Vida de Jesús*, de Strauss, obra irrefutable: «Yo espero vivir un cambio radical de la conciencia religiosa del mundo.»

Encuentro de Arnold Ruge con los «Libres», de Berlín, el 10 de noviembre de 1842.—Este encuentro es uno de los episodios más curiosos de la actividad de los «Jóvenes Hegelianos» revolucionarios, en la época en que Marx y Engels empezaban su vida política. La sociedad de los «Libres», *Freieu*, de Berlín, contaba entre sus miembros a los hermanos Bauer y a Max Stirner, y tuvo una importante participación en la publicación de *La Gaceta Renana*, primitivamente dirigida por el comunista Moses Hess. En 1842, fué dirigida por Marx, y su gestión mereció las censuras de los «Libres». Marx arremetió contra el comunismo inconsistente y contra las diatribas anticlericales, y, en cambio, orientó la



Encuentro de Arnold Ruge con «Los Libres», en Berlín, el 10 de noviembre de 1842. De izquierda a derecha: Ruge, Buhl, Nauwerch, Bruno Bauer, Wigaud, Edgar Bauer, Stirner, Meyen, dos desconocidos y Koppen.

publicación hacia los estudios sociales serios, con el fin de que ganara en densidad ideológica y pudiera burlar mejor a los centinelas de la censura. Dos colaboradores renanos de Marx, Arnold Ruge y Herwegh, que se encontraban en Berlín, el 10 de noviembre, tuvieron una discusión violentísima con los «Libres» reunidos en la Walboursche Weinstube (taberna de Walburgo), que dió origen a la ruptura.

En esta época, Engels, que se había trasladado de Berlín a Barmen, estaba en buenas relaciones con los «Libres» y aún no había sufrido la fría acogida de Marx, que conoció a fines de aquel mes de noviembre. Engels, contaba con la fiel amistad de Edgar Bauer, que le contó el desarrollo de la disputa en la taberna, y le dió detalles que le permitieron reconstituir la escena.



Una de sus hermanas, con antifaz



Su retrato

La época perpetuada en la caricatura era de efervescencia y de encontradas pasiones a cuyo calor se forjaban grandes concepciones sociales. Pocos días antes de garabatear este dibujo, el joven Engels, después de una entrevista con Hess, se declaró (dos años antes que Marx) comunista. Después marchó a Manchester, donde tuvo ocasión de ponerse en contacto con la economía moderna.

El interés del dibujo se acrecienta por la casualidad singularísima de que de alguno de los caricaturizados, como Max Stirner, sólo se conserva este retrato. El desarrollo de esta polémica ha sido estudiado, entre otros, por Gustavo Mayer, en *Friedrich Engels in seiner Frühzeit* (Berlín, 1920), y por Riazanov, en el prefacio al tomo segundo de la primera parte de *Marx-Engels* (Gesamtausgabe). En francés se puede conocer el movimiento de los jóvenes hegelianos en un artículo de B. Grœthuyssen: «Los jóvenes hegelianos y los orígenes del Socialismo en Alemania.» (*Revista filosófica*, 1924.)

Una de las hermanas de Engels con la cara enmascarada. (Bremen, 20 de agosto de 1840. Carta a su hermana María.) Este dibujo, con otros dos parecidos, una comedieta familiar, en un acto, que Engels escribió para entretener a su hermana María, que se encontraba enferma. Se titulaba *Le Trevesté*, y tomaba parte en ella toda la familia, no dejando un punto de reposo a la madre que, en medio de la infantil mascarada, aderezada con las ropas de los mayores, culminaba con la llegada del padre, que, rodeado por la bulliciosa rueda, tomaba parte en la zarabanda, y telón rápido.

Retrato de Engels, de busto y fumándose un cigarro. (Bremen, 8 de diciembre de 1840. Carta a su hermana María.) Este dibujo, figura en la cabecera del texto siguiente: «Como verás, estoy muy enfadado, pues el cigarro no quiere arder. Tengo aire de persona inteligente. Cuando me sale un cigarro malo, lo aparto, y para posar ante el pintor, lo tomo otra vez. Me hace sufrir mucho.»



El mismo, de pie y saludando



Croquis de playa. Ostende, 1846

Retrato de Engels, de pie y saludando (De la misma carta que el anterior). Está colocado al final de la carta, antes de «Mí querida hermana, tu servidor» y después, la firma.

Croquis de playa (Ostende, 27 de junio de 1846, carta a Marx). Debajo de estos dibujos, escribió Engels: «Este cuadro se ofreció ayer en la playa ante los ojos de un público de ambos sexos.» En el resto de la carta, le indica a Marx los precios de la vida en Ostende, para convencerle de que debe trasladarse a dicha ciudad.

Crítica economicosocial

SÓLO hay una clase de economistas: los que se dedican a estudiar los problemas de producción, consumo, trabajo, cambio, precios, etc., de un país determinado o del universo entero, para luego divulgar sus conocimientos en beneficio de la Humanidad. Al mismo tiempo, la labor de esos economistas se transforma en obra de gobierno, y es entonces cuando los pueblos alcanzan la prosperidad. Por el contrario, los «otros», que se llaman economistas porque han logrado una posición preeminente en las esferas comerciales e industriales y ocupan puestos en las corporaciones «económicas», no son más que instrumentos de la economía, cuyos sonidos perturban constantemente la armonía que debe existir en una economía bien organizada, como es la relación entre la producción y el trabajo, entre el consumo y los medios adquisitivos y entre la oferta y la demanda. Su actuación se limita solamente a defender sus intereses, y está bien probado que cuando se defienden los propios se perjudican los de los demás.

De ahí provienen todos los conflictos sociales, porque estando la cuestión social supeditada por completo a la marcha económica de las naciones, la más insignificante alteración de ésta produce grandes consecuencias en la otra.

Y, a propósito: en la legislación social y económica de los pueblos sólo deben tener voz las doctrinas, inspiradas siempre en la realidad. Los instrumentos, o sean, las Corporaciones económicas, deben ser consultadas, pero jamás su información debe sentar una jurisprudencia.

Se ha dado en llamar financieros a todos cuantos intervienen en operaciones bancarias. Finanzas quiere decir Hacienda pública, negocios del Estado, y la Banca no tiene que ver nada con estos negocios, porque, en lugar de ayudar al Estado, procura comprometerle en cuantas ocasiones le es posible. La Banca no es más que un usurero que toma dinero en interés y lo presta a un interés mayor, y cuando se ve agobiado recurre a la protección oficial o, en caso contrario, opera en contra del Estado, ya sea en la Bolsa, en los negocios en gran escala o no contribuyendo a fomentar nuevos negocios.

Un ciudadano cualquiera que exponga un proyecto al Banco tiene que luchar con mil dificultades, y cuando están todas vencidas, entonces tiene que avalar el negocio «alguien», lo que equivale a una rotunda negativa. Hay comerciantes modestos y obreros aventajados que si tuviesen un pequeño crédito en el Banco harían prodigios, pero el Banco les ofrece el crédito cuando tengan aquéllos una cuenta corriente que garantice.

Los Bancos deberían ser firmes auxiliares de la Hacienda pública y, por ende, del Estado. Con ello ya puede verse la importancia que tendría para España si los muchos millones que permanecen inactivos en las cajas de los Bancos sirviesen para abrir créditos a nuevos medios de riqueza...

En efecto; tenemos planteado en España el problema agrario, que, pese a todas las opiniones, es el único que merece atención. El problema agrario no quiere decir nada si no va acompañado de la canalización de los ríos, de la obtención de energía, de construcción de ferrocarriles y carreteras, de grandes pantanos y canales de riego y de la preparación técnica necesaria. Hace falta para ello dinero, y el Estado no lo puede dar porque no lo tiene. Ahí es donde la Banca debe demostrar que es financiera y patriótica.

Pero ocurren cosas muy extrañas. Los clientes del Banco no *entienden* de problemas agrarios, ni constitucionales, ni de necesidades del obrero, ni de la necesaria expansión económica de España, y, aun no necesitando el dinero, no pueden prestarlo para cosas tan «grandes». ¿Qué son los clientes del Banco? ¿Egoístas? ¿Reaccionarios?...

El Banco de España es el padre y maestro de toda la Banca nacional. Es ejemplo de la extranjera. Pero los accionistas de este Banco no piensan como yo...

¿Qué pienso yo? Que se dejasen nacionalizar, como un hijo se deja acariar de sus padres, que parte de sus capitales y beneficios, intervenidos por el Gobierno, fuesen el puente por donde han de empezar a circular las riquezas de España, y luego vendrían los imitadores.

¡Dar riquezas para crearlas, es volverlas a obtener!

Mientras exista el dinero como interventor, hay que pensar en él y por él me expreso. Cuando deje de ser interventor, entonces...

J. Millet Simón



El algodón

El desarrollo de la industria algodonera en las Indias y el Japón, dió un rudo golpe a la producción de los Estados Unidos. Los precios bajaron en 1928 y 1929. Como se hizo con el trigo, las organizaciones agrícolas intervienen, compran y almacenan; pero no impiden el desastre, que estalla en 1931.

Una buena cosecha es un desastre, en el régimen actual. La recolección de 1931 fué buena.

Una parte de las cosechas se destruye. Se limitan las siembras para 1932.

**Treinta millones
de parados, pero...**

¡Queman el trigo!

HA leído usted lo que dicen los diarios de la noche? Voy a leerle la noticia:

«En el Estado de Manitoba, acaban de destruir por el fuego ocho millones de sacos de trigo, que llenaban los silos hace un año; se ha tomado esta medida ante el temor de la baja de los precios.»

—Sin duda que habrá sido un bello incendio. ¡Ocho millones de sacos! ¡También Nerón, en otros tiempos, gozó del espectáculo de Roma en llamas! Bestial, mi amigo... y lo que prueba que, en definitiva, se puede ser americano práctico y... poeta a la vez... ¡Ocho millones de sacos! ¡Es magnífico!

—Puede ser. Pero lo lamentable es que, informado a tiempo, hubiera podido dar yo un buen golpe en la bolsa con eso... Las cotizaciones han debido dar un salto.

—No se habrá perdido la oportunidad para todo el mundo...

Cuadro segundo: En la Bolsa

—Oiga, esos ocho millones de sacos... ¿Qué le parecen? ¡Audacia y decisión! ¿Eh?

—Sanear el mercado, amigo mío. Esto descongestiona... y, por de pronto, ¡qué hermosa subida!...

—Lástima que no se puedan convertir, también, en humo todas las existencias que abarrotan los mercados...

Cuadro tercero: En el campo

—¿Has visto en el periódico esa historia de los ocho millones de sacos de trigo?

—La he visto.

—¿V qué dices tú?

—Antes de hablar, hay que saber si eso es verdad o si se trata aún de uno de tantos bulos que llegan de América...

—Esto tiene el aspecto de ser cierto. Va en los dos periódicos de esta mañana.

—Pues bien; si es verdad, tanto mejor. Ya es hora de que, al fin, se tomen medidas... sin las cuales no hay manera de entenderse... Parece que allá, en las Américas, producen el trigo por montones, con máquinas extraordinarias... Y nosotros, el nuestro, se nos queda en casa. Se ha trabajado todo el año en balde... ¡Ah, caramba!, si tiraran también al fuego las máquinas en América...

Cuadro cuarto: En el país de los negros; en la residencia de un coronel

—¡Como la señora de Charles lo ha leído en el diario, se lo digo!

—Bien; admitamos que lo ha leído. ¿Pero, cree usted que esas cosas se deben lamentar? ¿Es que ya no hay con qué alborotar a la gente pobre? Ocho millones de sacos... con que nutrir a todas las gentes de este país durante meses, puede que un año..., o dos..., hasta dando a los niños dos o tres rebanadas de pan para merienda... Ocho millones de sacos... con la miseria que hay por todas partes... Vamos, buena señora, se dará cuenta bien de que eso no es posible...

y que debiera prohibirse, a los que hacen los periódicos, poner historias como esa...

—La señora de Charles...

—¿La señora de Charles, qué? Le repito a usted que hace mal en contar semejantes cosas. Ya se ve bien, vaya, que ella no tiene hijos. No. No se debe desmoralizar a los desgraciados... Y luego, el pan es como el buen Dios y no hay que tocarlo, en mi presencia... al menos.

Cuadro quinto: Parados

—Ocho millones de sacos de... Han tirado al fuego ocho millones de... ¡Ah, los cochinos..., los cochinos!...

—Quieren que se reviente entonces, ¿no es eso?

—¡Canallas!... ¡Canallas!... ¡Canallas!...

Cuadro sexto: A bordo del acorazado "Revolución",

—Mi viejo amigo, después de un golpe semejante, no hay que tener piedad. Tanto peor... Ocho millones de sacos... Ocho millones de sacos...

—Tienes razón. ¡No hay Dios!... Si se tratara de cambiar los colores de la bandera o de los sellos de correo... Hay que ponerles el torpedo bajo el arca, como dijo el otro...

—Sin piedad, sin remordimientos... el torpedo bajo el arca...

—¡Bum!

Cuadro séptimo: Diálogo en el cortejo

—Treinta y dos francos por un miserable féretro de pino, es un robo, ni que decir tiene...

—Ciertamente, y después, tan pequeño... ¡Treinta y dos francos!

—Lo más terrible es que el funerario quería el dinero enseguida, adelantado. Entonces, cada cual, en el barrio, ha puesto algunos céntimos de su bolsillo y se apretó un punto más el cinturón... Todo está caro... caro...

—Poco debe pesar la pobrecita, ¿eh?

—Un esqueletito, la pobre... pardiez... Cuando se muere así... de miseria...

—... Sí...

—De hambre...

—... A buen seguro...

Cuadro octavo: Trigo de Africa

El sol ha secado la fuente y devoró la hierba. Entre los amarillentos juncos, hay un poco de barro endurecido mezclado con boñigas que allí hundieron las pezuñas del ganado; hasta los galápagos perecieron, con sus caparazones tapizados por el musgo. Los beduínos se alejaron hacia el Norte. La aldea está abandonada. De pronto llega por el Oeste una bocanada de viento pestilente: alguna carroña.

Sin embargo, allí se mueve un harapo viviente. Una vieja ha salido de la pequeña sombra de un lentisco; se arrastra hacia el seco manantial, se inclina, tom en su mano un poco de aquel barro húmedo aún, lo lleva a sus labios... y chupa. Tiene sed.

Ahora escarba en los excrementos de camellos y asnos, y, aquí y allá, encuentra algún grano de cebada, ya medio digerido, que los pájaros del cielo han olvidado.

Para engañar el hambre, masca aquello.

Acaban de destruir, quemándolos, ocho millones de sacos de trigo que abarrotaban los silos americanos.

Pierre Hubac

COMO actuaban los bolcheviques en la clandestinidad

Krasin
Bogomolov
Guerchanovich



EDICIONES
orto

RENAU

Magnífica portada a bicolor de José Renau

Los Profesionales ⁽¹⁾

I.—La Oficina del Norte

I

EL II Congreso del Partido echó las bases de la unificación y centralización del movimiento revolucionario ruso. Antes del Congreso, cada ciudad, cada Centro obrero vivían casi aislados uno del otro. Era necesario unificar la acción de todos los grupos existentes y para ello la organización de un aparato técnico tenía una importancia extraordinaria. Todo el mundo sabe muy bien el tiempo, los recursos y las fuerzas que se empleaban para organizar las imprentas clandestinas primitivas, la obtención del papel, de tinta. La más pequeña hoja significaba a veces la pérdida de varios meses, necesarios para un trabajo más productivo. La organización centralizada había de poner fin a este estado de cosas.

En el Cáucaso se estaba organizando en aquel entonces la gran imprenta del Comité Central, que funcionó hasta la revolución de 1905. Se había instalado asimismo otra en Odesa. En la frontera alemana los compañeros «Félix», «Piatnista» y Kopf organizaban el transporte de literatura. En la frontera austríaca Maltsman y Kudrin se ocupaban de los pasaportes.

Tales eran las premisas del plan general de organización de las llamadas oficinas técnicas y de transporte. Esas oficinas debían ser independientes de las organizaciones locales, con lo cual se obtenía una ventajosa división del trabajo y se evitaban las redadas de la policía.

Se proyectaba fundar, en primer lugar, tres oficinas: en la Rusia Central, en el Sud y en la región del Volga, en las ciudades de Smolensk, Poltava y Samara o Penze, respectivamente.

A mí se me encargó la organización de la Oficina de Smolensk, para donde salí en septiembre de 1903.

En el radio de acción de esta Oficina entraban: Yaroslavl, Kostromá, Ivanovo-Vosnesensk, Tula, Oriol, Kursk, Briansk y Vitebsk. Moscú tenía organización propia. Pero en lo sucesivo tuvimos que prestarle también alguna ayuda.

2

Las dos recomendaciones principales que se me dieron eran para un profesor del Seminario, llamado Lébedev, y para un tal Semiónov, que trabajaba en la Estadística. Tanto el uno como el otro pertenecían al Partido Socialdemócrata. Lébedev debía contribuir a orientarme en la situación y en las relaciones. Semiónov debía legalizarme haciéndome entrar en la Oficina de Estadística del «Zemstvo», lo cual, además, me era necesario para procurarme algunos ingresos.

Con el fin de ampliar las relaciones fué preciso en un principio recurrir a la recomendación de un abogado liberal, posteriormente miembro de la Duma. Dicho abogado era presidente de una biblioteca popular, y era necesario introducir allí a uno de los nuestros por su mediación.

Me recibió con extrema amabilidad. Pero se negó a prestarnos la cooperación que solicitábamos.

Cada institución cultural tiene su misión y su valor absoluto. Exponerla a cualquier riesgo no sería conveniente.

—De acuerdo. Pero en lo que nosotros proponemos no hay el menor riesgo.

(1) Fragmento del interesante libro *Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad*, que acaba de aparecer.

—Gromski (el general de gendarmes) tiene su lógica sobre el particular.

Luego se entabló una conversación sobre cuestiones de «principios».

—Nuestro enemigo común es la autocracia. Hasta que nos apoderemos de esta ciudadela principal, no hay por qué combatirnos.

—Pero con su negativa a admitirnos en la biblioteca ha dado usted un pretexto para ello.

—La biblioteca es una pequeña cuestión práctica, y no es ella la que servirá de medida para los errores históricos...

—Sin embargo...

—Con vuestro doctrinarismo, con vuestra intolerancia, os colocáis fuera de la vida. Muchas víctimas, pero resultados microscópicos. La verdad teórica es perjuicio de la verdad práctica.

—Hasta hoy habéis sido más prácticos que nosotros. Esto es verdad. Lo único que falta saber es si vuestra práctica se refuerza con nuestros sacrificios.

Nos separamos sin grandes deseos de volvernos a encontrar.

Los intelectuales menos «sólidos», no se oponían, naturalmente, a «participar del movimiento», pero expresaban el deseo de que se les diera un trabajo «serio» y una gran «independencia» como garantía contra el riesgo. Tal fué el sentido de una de las conversaciones que sostuve con un médico principiante. En la academia, su revolucionarismo no ofrecía ninguna duda, y nos lo había recomendado un amigo suyo, médico también, que en aquel entonces se hallaba en la deportación.

—Los trabajos serios no *se dan; se toman*. El grado de riesgo es inversamente proporcional a la llamada «prudencia» del militante.

Esto fué una grosería por mi parte, y acaso no completamente justa. Pero tras ésas pretensiones, se veía con excesiva evidencia el deseo de conservar la tranquilidad pequeñoburguesa teñida con los recuerdos del «revolucionarismo» de los tiempos estudiantiles.

Sin embargo, las condiciones para el trabajo resultaron excepcionalmente favorables. Disponíamos de un número más que suficiente de intelectuales. Antes de un mes, habíamos formado ya un buen grupo, compuesto, además de Lébedev y de mí, de A. Kalita, K. V. Kátsev, Stenberg y una serie de otros. Se encontraron sitios para las entrevistas, direcciones para las cartas y los telegramas, en casas burguesas sólidas, en tiendas y consultorios médicos. El romanticismo ha sido siempre propio de la naturaleza humana. La conspiración le daba un cierto aliciente. Y es posible que muchas de nuestras direcciones, domicilios, etc., se hallaran a nuestra disposición gracias a estas circunstancias. Se nos cedía todo esto con tanta mayor buena voluntad cuanto rodeábamos la cosa de cierto misterio. Un santo y seña un poco complicado aumentaba la confianza.

3

En un principio tomé una habitación como realquilado. La pieza estaba casi aislada de las habitaciones de los dueños y tenía entrada independiente. La casa estaba situada en un barrio típico de funcionarios, médicos, abogados, etc. En la calle no había mucho movimiento, pero los cocheros la conocían bien. En esos barrios la gente es poco inclinada al comadreo, y un cierto tacto la induce a abstenerse de curiosear y de inmiscuirse en las cosas ajenas. Un empleado de la Oficina de Estadística que recibe dos o tres veces por mes la visita de un «hermano» o de un «amigo estudiante», no podía infundir ninguna sospecha. Y los dueños, por el liberalismo propio de su clase, podían sencillamente cerrar los ojos ante el aire de misterio que tomaban esas idas y venidas.

Pero aun así, había sus inconvenientes. Cerrar la habitación al marcharse significaba mostrar desconfianza hacia los dueños. Y dejarla abierta significaba tentar la curiosidad del servicio.



Una película anarquista de René Clair

“¡Viva la libertad!”

Nos hallamos aquí ante un *film* que marca, sin duda, la plenitud y la madurez de un gran cineasta. De un director que no sólo posee talento, sino también atisbos geniales de auténtico creador. Por notoria que la influencia de Charlot sea en casi todas las obras de René Clair, es preciso rendirse a la evidencia de que éste tiene del cinema un concepto propio. La originalidad y el deseo de renovarse son, precisamente, las virtudes más destacadas de sus obras.

A nuestro juicio, sólo una afinidad temperamental, unida, por otra parte, a una cierta actitud general del artista nuevo frente a los problemas de *¡Viva la libertad!* en que el peculiar espíritu de Charlot aparece con fuerza. Entre estas escenas hay una, sobre todo, que parece concebida realmente por el autor de *El Chico*. Es aquella en que el presidiario, enriquecido, al ver que su viejo amigo —el otro presidiario sin fortuna— se ha herido la muñeca, recuerda el momento en que se evadió de la cárcel y le envuelve la herida con su pañuelo. Esta escena espontánea y humana, conmovedora en su sencillez, empieza ya a justificar plenamente el cambio psicológico que se opera luego en el antiguo vagabundo, convertido ahora en «capitán de industria».

Claro está que otras varias escenas, como aquella en que los amigos apedrean



Ayuntamiento de Madrid



con saña el horrible retrato de uno de ellos, y aquella otra final en que los señores burgueses enlevitados corren como locos tras los billetes voladores, se hallan igualmente animadas por el espíritu burlón de Charlot. Pero creemos que René Clair ha sobrepasado aquí, en fuerza satírica, los momentos más audaces de Chaplín. Pensamos que ha llevado más las cosas a sus últimas consecuencias.

La originalidad indiscutible de *¡Viva la libertad!* no reside sólo en el argumento. Los argumentos, aun siendo algo esencial en una buena película, no son lo más importante, sin embargo. En el cinema hay algo que vale más que el guión en sí, y es la manera de realizarlo.

René Clair ha logrado en la realización de *¡Viva la libertad!* el máximo de posibilidades a que puede llegarse hoy. Incluso puede decirse que ha rebasado estas posibilidades, señalando senderos del porvenir. Esta característica demuestra, sencillamente, el genio de René Clair.

El argumento de este *film*, que no deja de ser muy interesante, se desenvuelve con una vivacidad y un ritmo verdaderamente sugestivos; sirve, además, perfectamente a los propósitos de su creador, y esto constituye, desde luego, su mayor mérito. La dirección es experta y eficaz en alto grado. Aquí residen los valores más puros y rotundos de esta película espléndida. Siendo el cinema un arte sensual, de visualidad y plasticidad, el espectador encuentra aquí motivos infinitos de deleite. Hay en todo el *film* una atmósfera grata, saturada de un realismo poético y humano. Un ambiente de simpatía que capta inmediatamente la atención del espectador. Se recuerdan todas las escenas como un sueño penetrante y agradable. Nada falta ni sobra. Un pedazo de vida, henchido de fina comicidad y de buída densidad humana.

El trabajo de los actores, de todos, aun los secundarios, constituye una pieza sorprendente de este engranaje perfecto. Con justeza y sobriedad admirables, sin

un gesto superfluo o inoportuno, realizan su trabajo exacto en esa maquinaria —tan complicada y tan sencilla— que es *¡Viva la libertad!*

Existe algo en esta película —y es lo que más nos interesa resaltar en esta crónica— que la sitúa a un nivel más alto del que ocuparía al ser sólo una producción inspirada en la fórmula fría de «el arte por el arte». Ese algo reside en su valor humano, en la simpatía que emana de unos seres dionisiacos, ávidos de libertad y de aventura. Los personajes centrales de *¡Viva la libertad!* son vagabundos que ejercen una atracción poderosa sobre el alma del hombre libre. ¿Y quién no lleva en sí, más o menos atenuado, un anhelo vital hacia ese anarquismo del trotamundos sensible? Esta es la razón por la cual ni siquiera la parte más estulta y aburguesada del público se atreve a repudiar aquel soberbio canto a la libertad individual. Todo el mundo comprende que ello equivaldría a traicionar sus propios sentimientos.

René Clair fustiga las imperfecciones y las lacras de un sistema económico con la más encantadora de las sonrisas. No es el satírico adusto y resentido ni el moralista rígido, sino el artista humano y comprensivo que sabe burlarse... y compadecerse. El poeta que arrastra en su sueño a los seres menos soñadores.

Todo el mundo advierte, por ejemplo, en la película de René Clair, que un presidio es la misma cosa que una fábrica racionalizada en la que imperan la «cadena sin fin» y el sistema Taylor. Pero también comprende todo el mundo, aunque sólo sea sentimentalmente y por contagio del arte, la monstruosa injusticia social que entraña semejante estado de cosas.

¡Viva la libertad! encarna y exalta un ansia irreprimible que hormiguea en el fondo del alma humana. Pone en ridículo a la sociedad capitalista, basada en la ficción y en la rapiña. Estas cualidades le prestan un valor de rebeldía que realza y completa sus otros valores puramente artísticos. Es una película anarquista, pero de una estética irreprochable. Buena lección para esos cursis reaccionarios que se obstinan en deshumanizar el arte. Porque ignoran que el arte, si es fuerte y verdadero, no pierde nada cuando se pone al servicio de una buena causa.

Francisco Pina



Ayuntamiento de Madrid



Un libro de pedagogía proletaria

En el año 1911, el profesor Otto Rühle escribió en la introducción a su primer libro *Das proletarisch Kind*, estas palabras: «El niño proletario espera que un investigador le descubra y escriba su biografía.»

Toda biografía tiene dos facetas: una, el retrato orgánico, y otra, el estudio psíquico del individuo. Así también, la biografía del niño proletario ha de tener esta composición.

Al constructor de la biografía, para hacer el retrato orgánico del niño que va a estudiar le bastará con copiar del natural—con pinceles impresionistas y en lienzos de realidad—cualquier niño de la clase oprimida. Y si quiere ahorrarse esta molestia, él—investigador de almas con sombra—podrá tomar apuntes de los cuadros del pintor berlinés Heinrich Jille. Tal vez su temperamento—despacho tranquilo y frialdad literaria—poco acostumbrado a tratar temas tan fuertes, encuentre más fácil este procedimiento y, ante las telas del pintor proletarizante sienta e interprete más profundamente toda la tragedia orgánica de esos niños.

Luego, para estudiar psíquicamente a estas figuras atormentadas por la tos, sacudidas por calambre, enfermas del oído y de los ojos tendrá que investigar primero, el medio en el cual se desarrollan. El niño proletario, nace de una sociedad familiar cuyo nivel económico de vida se mantiene próximo al mínimo necesario para atender a sus propias necesidades y, casi siempre, más bajo. Esta situación de infe-

rioridad con relación al medio ambiente, influye notable y definitivamente en la formación psicológica del niño, e influye en un sentido—lógico y natural—de menosvalía. Es decir, que el niño proletario llega a adquirir un sentimiento clasista y, por tanto, la misma mentalidad y psicología de clase que el proletario adulto.

Antes dije que fué Otto Rühle quien lanzó antes que nadie la idea de una biografía del niño proletario. Biografía que habría de hacerse a base de un sentido francamente clasista.

El interés que despertó esta llamada se rompió al estallar la primera granada. No era el momento de estas biografías.

En este libro (*El alma del niño proletario*, Otto Rühle, Espasa-Calpe), Otto Rühle da normas para la investigación y la solución de los problemas psicológicos.

Vida y hechos de un guerrillero

En la colección de vidas españolas del siglo XIX que publica Espasa-Calpe, acaba de aparecer la biografía (*Mina, El Mozo*, Martín Luis Guzmán, Espasa-Calpe) que más datos reúne para conocer hechos y personajes del primer tercio de aquel siglo.

A través de la vida, de aquel descendiente de los Minas de Otano, que «poseían una casa, cultivaban un pedazo de tierra, cosechaban algún trigo y vino no muy abundante»; conocemos toda la trayectoria que marcaron en nuestro suelo las pisadas de los 25.000 soldados franceses que iban a la conquista de Portugal...

El libro está escrito con un estilo suave

de buen historiador y con el vigor de un prosista moderno; pero lo que está mejor es la extensa documentación histórica y geográfica del biógrafo.

Rousseau-Pestalozzi Fichte-Condorcet

La Revista de Pedagogía ha publicado estos cuatro libros: *Antología de Rousseau*, *Antología de Pestalozzi*, *Antología de Fichte* y *Antología de Condorcet*, inaugurando así una nueva Sección en sus publicaciones: la pedagogía clásica.

Cada libro lleva una introducción hecha por el traductor que, en realidad, es un breve estudio de la vida y las ideas del pedagogo cuyas obras se seleccionan.

Las traducciones están lo mismo que la edición, escurpulosamente cuidadas.

Novelas cortas

En un libro (*12 hombres y un capitán*. Theodor Plivier. Editorial Zeus) nos dan once novelas cortas de Plivier.

Son narraciones fuertes y extrañas que sirven para pintar paisajes raros y describir tipos exóticos. Todas las imágenes que la retina fina y sensible de Theodor Plivier ha recogido en sus largos viajes están aprovechadas en estas novelas.

Aventuras en los puertos; muslos y pechos poseídos y que fueron mil veces modelados con la cal del pensamiento en los días de travesía; riñas, licores y recuerdos de pescas; y, siempre por fondo el mar, fuerte como una copa de whisky y atrayente como la sonrisa de una mujer tostada por el yodo de la brisa.

A veces, la mina también sirve para estas narraciones; y entonces el acero agudo de las perforadoras y los grandes montones de mineral son la pantalla donde se proyectan las vidas de los desgraciados que, para buscar cobre, trabajan horriblemente bajo el sol minero de los trópicos...

Las novelas están escritas muy bien acusando una vez más las extraordinarias dotes del narrador: de Theodor Plivier.

Un «Cuadernos de Cultura»

Un escritor que conoce el «caso de Italia» de una manera completa (*Fascismo*. Santiago Montero Díaz. *Cuadernos de Cultura*. Valencia) explica en esta publicación, de una forma clara y documentada, su punto de vista contrario al movimiento fascista.

El fascismo, que «por su radical novedad histórica y por su original concepción y táctica del Estado, ha desorientado a innumerables tratadistas» no ha ejercido tan fatal influencia sobre el espíritu crítico de Montero Díaz. Pues este ensayista, con una gran serenidad y profundo conocimiento, ataca duramente al régimen antiproletario de Mussolini.

El *Cuaderno* merece leerse detenidamente.

Notas para los maestros

Con el libro *Metodología de las Ciencias Naturales*, de Vicente Valls, inicia la *Revista de Pedagogía* una serie de publicaciones, cuyo objeto principal es servir a los maestros de guía para el perfeccionamiento de los métodos de enseñanza.

Si todos los cuadernos de la colección son como el que tenemos a la mano será un éxito editorial y, además, se cumplirá un fin muy necesario: dar facilidades a los maestros que sientan la inquietud de mejorar su escuela. Bien escrito el libro a base de un tono divulgador y, además, con un plan de exposición muy claro. Estas cualidades le hacen que sea de gran utilidad.

El tomo lleva muchos grabados, que completan perfectamente el texto.

ALVARO ARAUZ

Madrid, junio.

Narja (poemas proletarios), por Pla y Beltrán. Valencia.

¿Recordáis el dietario tenebroso y sangriento de las antiguas filaturas de Chantang, de las fábricas de tapices de Tiensín y Pekín y de la «Shangai Cotton Mill»?

He escuchado de labios del poeta, su paso por las fábricas y filaturas de Alcoy, cuyo acervo proletario tiene el mimetismo deprimente y de pesadilla de las jornadas del mundo obrero chino. Pla y Beltrán no ha llegado a conocer la vida de los «koolies», pero ha sufrido una adolescencia de obrero manual y lleva estigmatizado, desde que nació, un 3 arbitrario en la columna vertebral, algoritmo que le coloca en la serie natural de todos los irredentos del mundo. Yo mismo le pinté en el prólogo de su *Huso de eternidad*, con el terceto siguiente:

*Yo te veo que vas —como en una conseja—
hacia una misa negra, con tus trazas de vieja,
montado sobre el lirio de un claro amanecer.*

Los versos así prologados eran las voces de la asunción pura y magnífica de sus pocos años.

Los períodos de *Narja* aumentan, con su gracia primigenia de balada austera, las rebeldías de Rupert Brooke, de Blok, de Richepín, de Carducci, de Guerra Junqueiro y de Johannes R. Becher, el poeta comunista de *Die Rote Fahne*.

Nuestro cinema

Trazada por Juan Piqueras, cineasta y geólogo de los celuloides y las ideas, único y plurivalente, es esta revista, el meridiano auténtico y virtual del mundo cinematográfico internacional.

M. ALEJANDRO

E D I C I O N E S

ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

Biblioteca MAÑANA

publicará en breve

1945

El advenimiento del Comunismo Libertario

por el ingeniero

Alfonso Martínez Rizo

Una visión novelesca
del porvenir

2 pesetas

Haga sus pedidos a esta
Administración

MARIN CIVERA

el sindicalismo historia - filosofía - economía

3 pesetas

HILDEGART

paternidad voluntaria

guía práctica de los medios para evitar el embarazo

2 pesetas

JOSÉ LÓPEZ TOMÁS

plan financiero quinquenal de la república española

5 pesetas

RAMÓN J. SENDER

teatro de masas

2 pesetas

jesuitismo y masonería

(dos ideales opuestos)

por Matías Usero Torrente

ex sacerdote misionero católico

250 páginas — **4 pesetas**

sexualismo revolucionario (amor libre)

por E. ARMAND

magníficamente presentado — **2'50 pesetas**

NO DEJE DE ADQUIRIR:

cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad

krasin, bogomòlov, guerchanovich

Traducción directa del ruso por A. NIN - **Pesetas 4**

Ayuntamiento de Madrid

RUSIA 1937

*lo que será el
segundo plan
quinquenal por*

v. m. **MOLOTOV**

**CUADERNOS D
CULTURA**

60 cts.



Portada del número 5
recientemente publicado

El número próximo
titulará:

**Introducción
al Estudio de
la Tierra
(GEOLOGÍA)**

POR

LUIS TORÓN VILLER
Ingeniero de minas

Ilustrado con grabados
mapas

CUADERNOS DE CULTURA

VERDADERA ENCICLOPEDIA POPULAR

Suscripción: 5'50 pesetas cada 10 números :: Número suelto: 60 céntimos
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LUIS MOROTE, 44, VALENCIA